

NIPPUR

DE LAGASH

UNA CODICIA COLOR
DE ESCOMBRO

ROBIN WOOD
RICARDO VILLAGRÁN
SERGIO MULKO



50
ANIVERSARIO

Vol 12

**UNA CODICIA COLOR DE
ESCOMBRO**

**CUANDO CANTA EL PÁJARO DE
LA MAÑANA**

LA NOCHE DE DAFAR

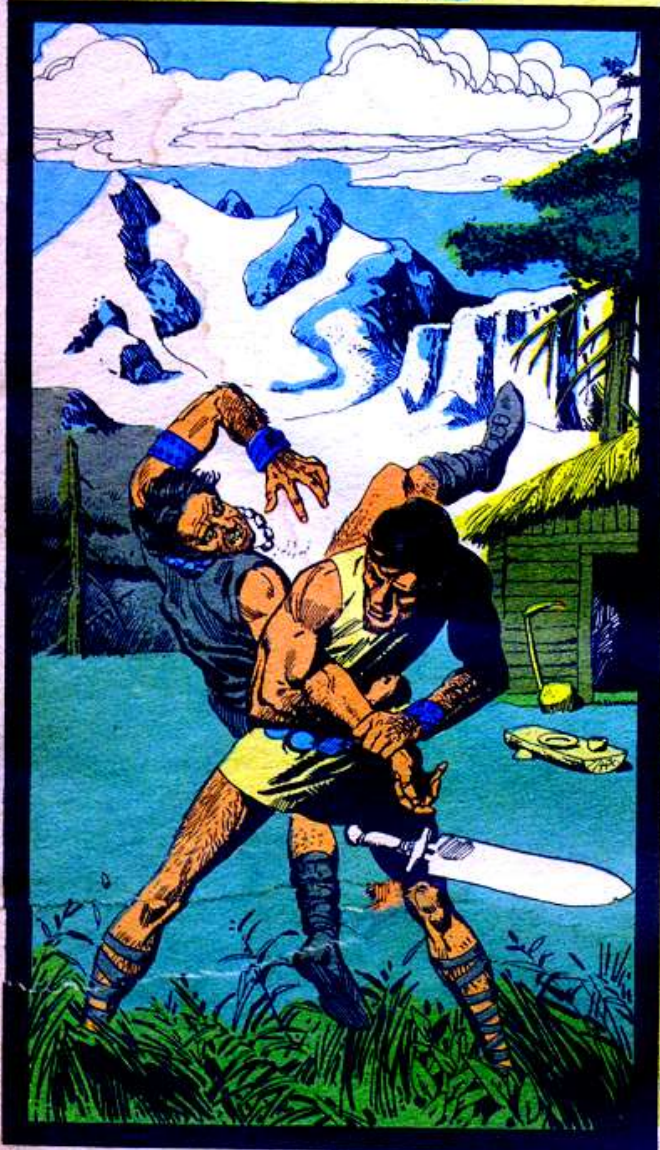
LEYENDA DE LOS MONSTRUOS

**LAS FLORES DE LAS
MONTAÑAS**

NIPPUR DE LAGASH

VINA CODICIA COLOR DE ESCOMBRO

Por ROBIN WOOD



Un hacha no es más que un instrumento, una cosa inerte y sin vida, hecha de una hoja de piedra pesada y una fuerte rama de árbol, pulida y desbastada, curada con grasa para suavizarla y con tiras de cuero arrolladas en su extremo inferior para que la mano no se deslice.



Pero cuando una mano la empuña es cuando, súbitamente, el hacha toma un sentido.



Entonces ya no es un objeto. Entonces es un misterio. El misterio temible que acabará con todos los misterios. El enigma fin de todos los enigmas.



Un ruido sordo que absorbe todos los ruidos, tal como un mar que absorbe todos los ríos que desembocan en él.





Clavad esa carroña en la plaza. Que todos la vean.

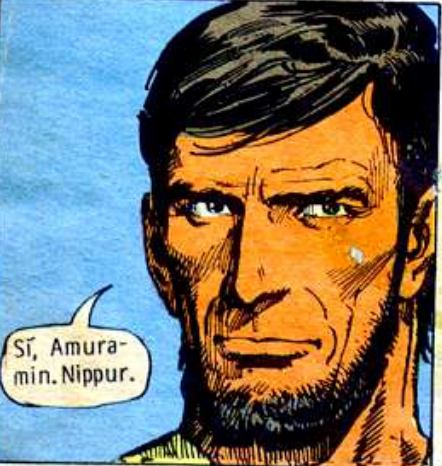
Avanzó como una montaña de bronce, nervudo, temible, inmensamente solitario.



Al verme se detuvo. Vaciló. A-chicó los ojos para verme mejor y ...



¿Nippur?



Sí, Amuramin. Nippur.

Hacía muchos años que no lo veía. Desde la época en que juntos luchamos contra los piratas. Ahora se veía más fuerte, más óseo y con ojos como charcos de agua incolora.

¿Qué haces aquí? Oí hablar de tu guerra victoriosa contra los hititas.



Pareció recordar algo y apartó la vista.

Oí también de la muerte de tu reina. Lo siento.



Deja eso. Estoy aquí de paso. ¿Y tú? ¿Qué significa esto?



Soy el jefe de la guarnición de la ciudad y mi señor, Minhem, tiene problemas con sus campesinos. Yo los soluciono.



El verdugo clavó la cabeza sangrienta en una pica. Un zumbido de moscas pintaba el aire de verde.



¿Y ésa es la manera de solucionarlo?

La gente se niega a pagar sus tasas.



He visto el país comido por la sequía, como la piel de un animal muerto. ¿Qué tasas puede pagar quien nada tiene?

Yo soy un hombre de armas, Nippur. Cumplo órdenes.



Mi caballo no acepta que yo lo lleve por un camino pedregoso sin protestar, Amuramin. Es un poco triste imaginar que un caballo cuida más sus cascos que un hombre su honor.



Siempre fuiste un hombre lleno de palabras, Nippur. Lo recuerdo. Yo no entendía todo lo que tú decías y ahora prefiero no entenderlo. Ven. Comerás conmigo en casa de mi señor. Le agradará conocerte.



(La ciudad tiene un miedo como un sol negro flotando sobre ella. Puertas y ventanas cerradas. No hay niños ni perros. Sólo moscas, calor y soldados transpirando en sus armaduras.)



¿Así que tú eres el gran Nippur?



No me gustó ni él ni su servilismo más adecuado a un sirviente de la más ínfima categoría, ni sus manos sudorosas ni sus ojos huidizos.

Soy Nippur.



He oído hablar mucho de ti. Mucho. Deberás perdonar que mi hospitalidad sea pobre pero nosotros, tristes señores sumerios, debemos añadir migajas de impuestos para no morir de hambre.



(Piezas desnudas. No hay adornos. Casi no hay criados. Esclavos semidesnudos y mal alimentados.)



(Carne cocida y recocida tres o cuatro veces. Papas viejas. Vino aguada... Puajj.)



Dime, Amuramin, ¿haces fortuna con tu nuevo señor?



Me miró fríamente con sus ojos incoloros.



Hay fortunas y fortunas, Nippur.

¡Interesante frase. Perfectamente ambigua. Encantadoramente estúpida y cien por ciento no tuya. ¿De dónde has sacado ese rozamiento y en qué lo basas, Amuramin?!



Amuramin, mi padre te llama.



Lo supe entonces. Los ojos incoloros se volvieron ojos de perro manso y no me hizo falta saber de qué manera Minhem lo mantenía sujeto. Los hombres de armas están recubiertos de bronce pero eso no protege sus corazones.

(Tan sencillo todo...)



Pero no todo era tan sencillo. A través del hueco de la ventana podía ver la cabeza en la punta de la pica resecaándose al sol. La muerte es sencilla pero no los que matan.

(No tan sencillo. No.)



Te ves pensativo, hombre de Lagash.

¿Hmmm?



Yo soy Lenia, hija de Minhem. He oído hablar mucho de ti.



Era joven pero en sus ojos no había ninguna inocencia, y sus gestos tímidos no me engañaron. Soy un perro viejo y tengo marcas de muchos mordiscos.

Me sorprende que andes tan cerca de las tierras de Luggal Zaggizi. Es tu viejo enemigo, ¿no es así?

Así es.



¿Es verdad que ofrece mucho oro por tu vida?



El perro de Umma, en efecto, ofrece una cesta de oro por mí. Pero parece que el filo de mi espada corta un hilo de su sueño.

Una cesta de oro... Ah, sí... El rey de Umma es un rey rico. No es como nosotros.



(Palabras del padre. Palabras de la hija. Son espejo uno del otro.)



Nippur, ven.



Lenia tenía el aire nervioso y agitado, y evitó mirarme a los ojos. Me intrigó.

¿Qué te ocurre?

Ven. Quiero mostrarte algo.



— ¿Qué?

Mira allí.



No veo nada.



¡Ahhh!



Gira, oh, mundo de luces, gira y canta, y las sirenas de los mares desconocidos ríen y alzan al sol sus cuerpos de nieve salada y las olas suben, suben, suben...



¿Dónde...?



(Atado. Y encerrado. ¿Por qué habrán hecho esto?)



¿Has despertado, Nippur?



Minhem, perro traidor. ¿Qué significa esto?

Significa que no tardarán en venir a buscarte.

¿Buscarme?
¿Quién?



No contestó y siguió mirándome. Entonces comprendí.

Luggal - Saggizi...
Me has vendido.



Yo soy pobre, Nippur. Ese oro...



Perro. Tú eres más pobre de lo que te imaginas, pero no en oro. Es en tu alma donde tienes alojada la miseria. Te advierto una cosa. Acabas de provocar tu destrucción.



¿Mi destrucción?
¿Quién me destruirá?



Yo.



Tuvo miedo. Lo vi en sus ojos y las correas y las trancas. Todo ello no bastaba para que dominara su temor. Era un ave de rapiña, no un águila de combate.



Luego se fue.

(Y ahora veamos cómo huir de aquí. No es la primera vez que me encierran y me amarran.)



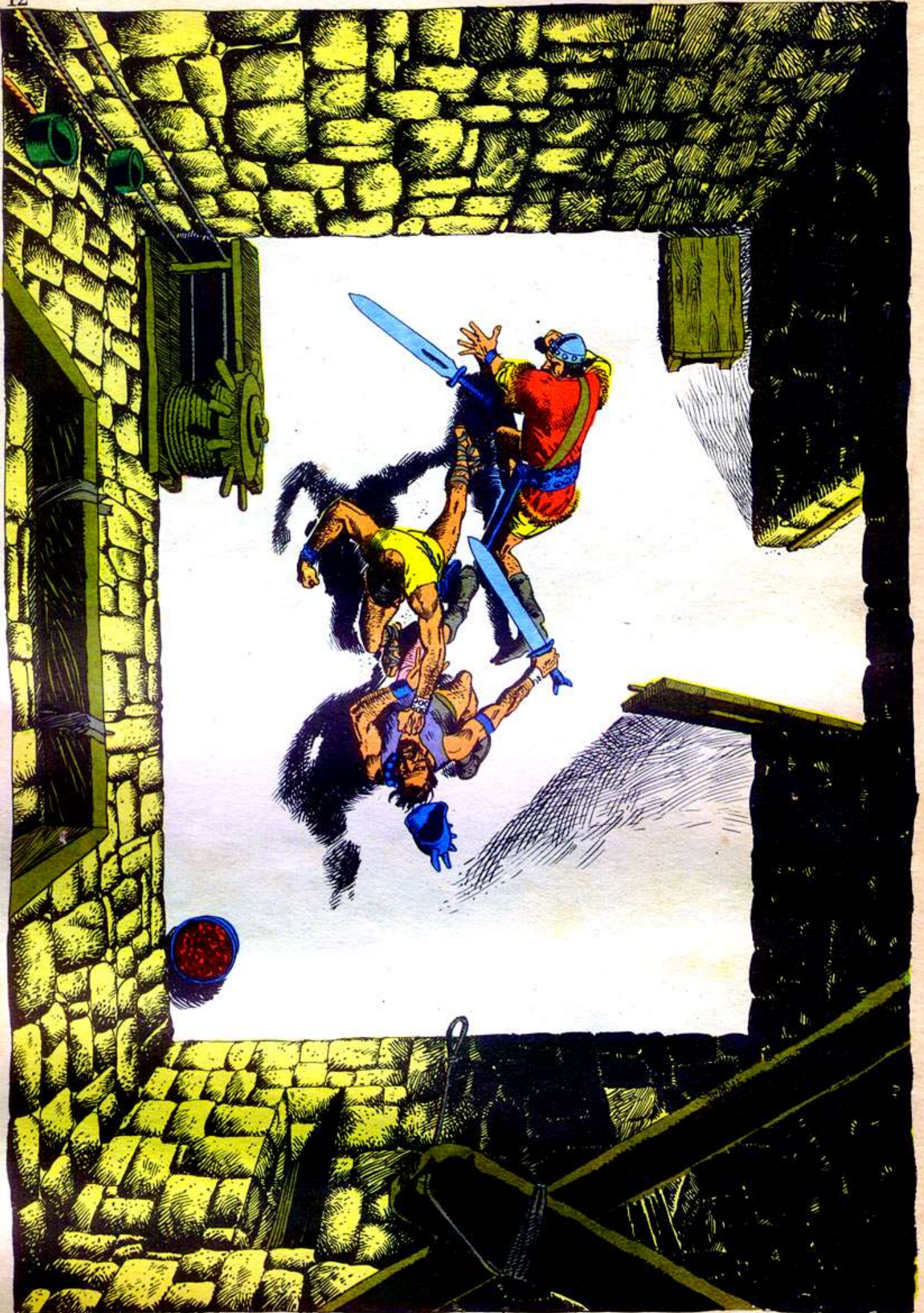
(Frotaré las correas contra este reborde de piedra... Tal vez me lleve un día entero pero también los hombres de Luggal-Zaggizi se tomarán su tiempo en llegar.)



(Ya está.)









Tomé una espada y me lancé escaleras arriba. Los gritos de alarma se oían por todas partes...



Yo estaba afuera. Y con la velocidad de un perro de combate me lancé hacia los rescos bosques que se extendían no lejos del castillo.



Por favor, Amuramin. Sabes que confiamos en tí. Que confío en tí.

Lo sé.



Lo sé y me ocuparé de esto.

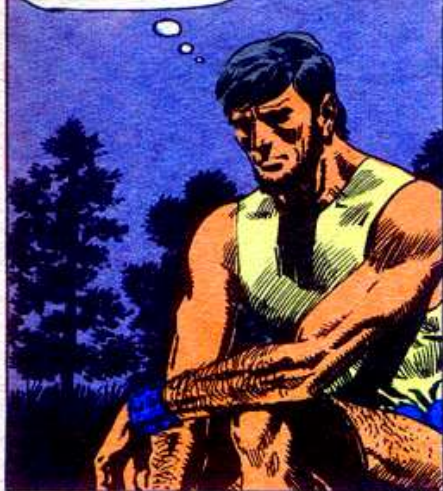


A la noche detuve mi fuga. No estaba muy lejos de la gran mansión y no pensaba alejarme mucho más. Lo que menos quería era huir. La sangre quemaba mis venas como un agua bullente de rabia.



(Acecharé la residencia de Minhem. Le abatiré sus hombres uno por uno. Incendiaré la casa. ¡Le haré pagar esto!)

(Sus hombres no valen nada... excepto Amuramin...)



Excepto Amuramin...



Al día siguiente...



(Prepararé antorchas y cuando llegue la puesta del sol las lanzaré dentro de la casa. A esa hora la luz es muy confusa...)

(Un momento... Algo se acerca...)



(Sí. Alguien se acerca con mucha cautela. Alguien que me busca y ése sólo puede ser...)



Nippur...



Te he dejado llegar hasta mí, Amuramin, para que mueras como un guerrero pese a tus trapechos de mercenario. Prepárate.

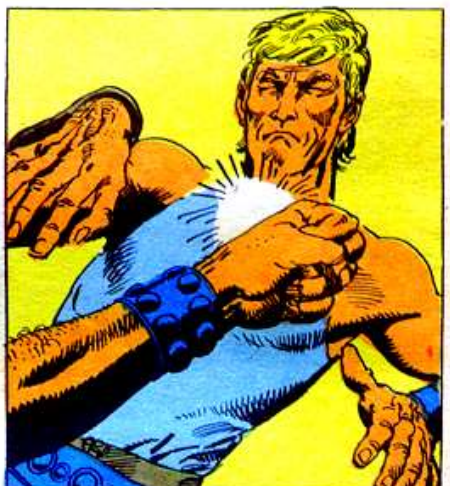
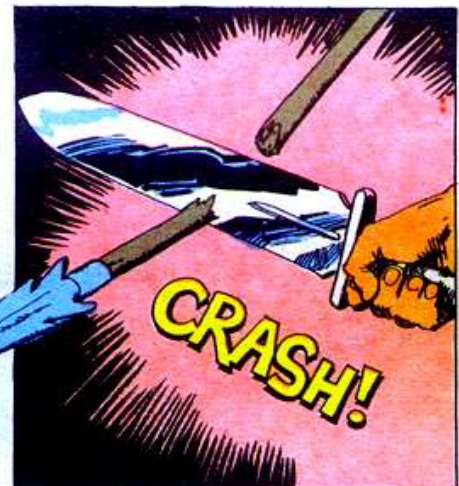
Yo no lo hice por oro, Nippur. Lo sabes.

Ojalá lo hubieras hecho. Lo que es peor aún, has vendido tu alma y con la triste excusa de tu amor lo justificas todo.





¡Prepárate!





Todo lo que hallamos fue el esqueleto carbonizado de ella y los cadáveres quemados y mutilados, emergiendo como horribles flores negras de entre los escombros...



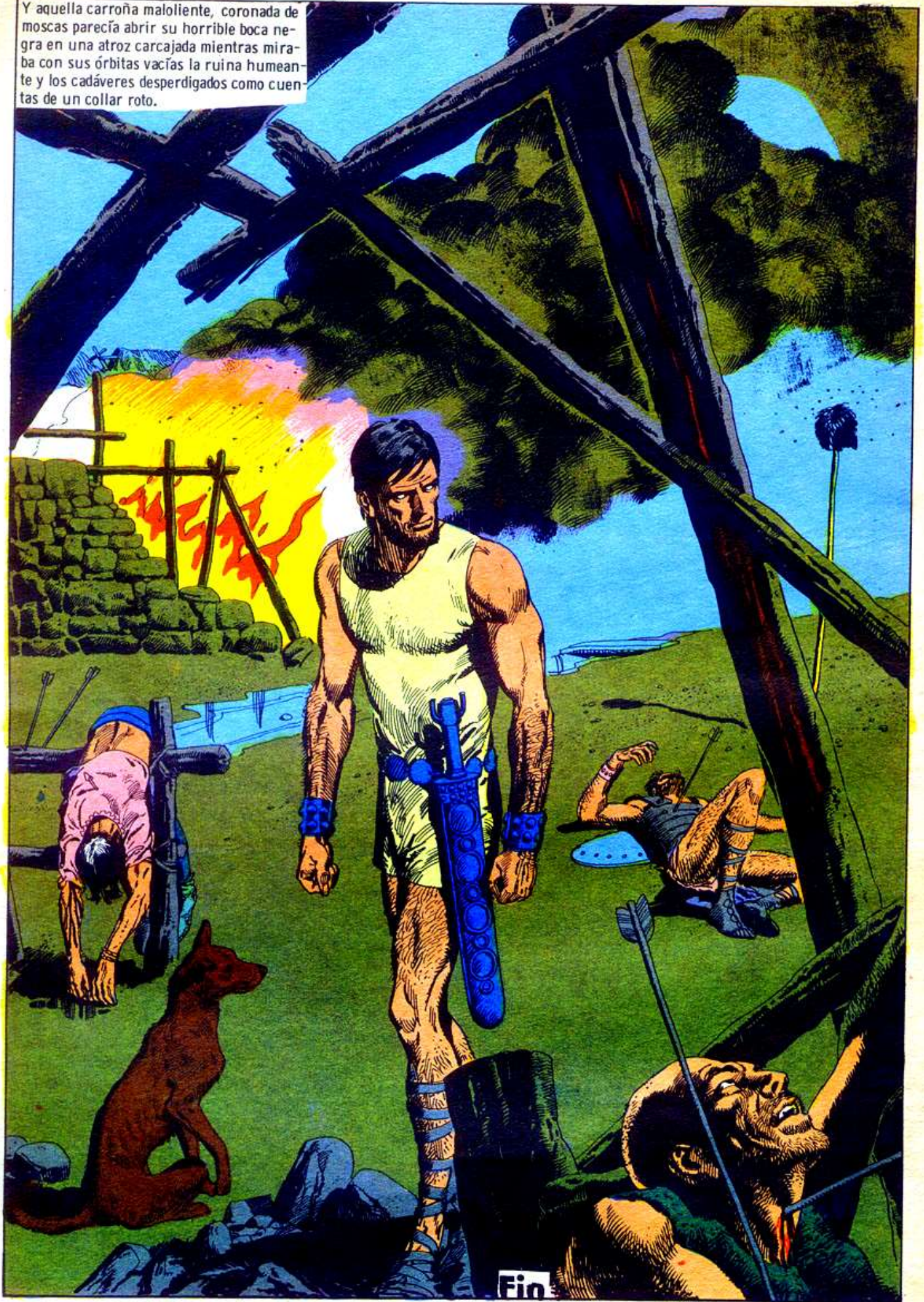
(¿Debería consolarte? No. No siento nada por ti. Tu miserable pasión no me conmueve. Quien bebe el agua corrompida debe estar listo a aceptar su ponzoña.)



Volví los ojos y vi la pica y la cabeza reseca al sol...



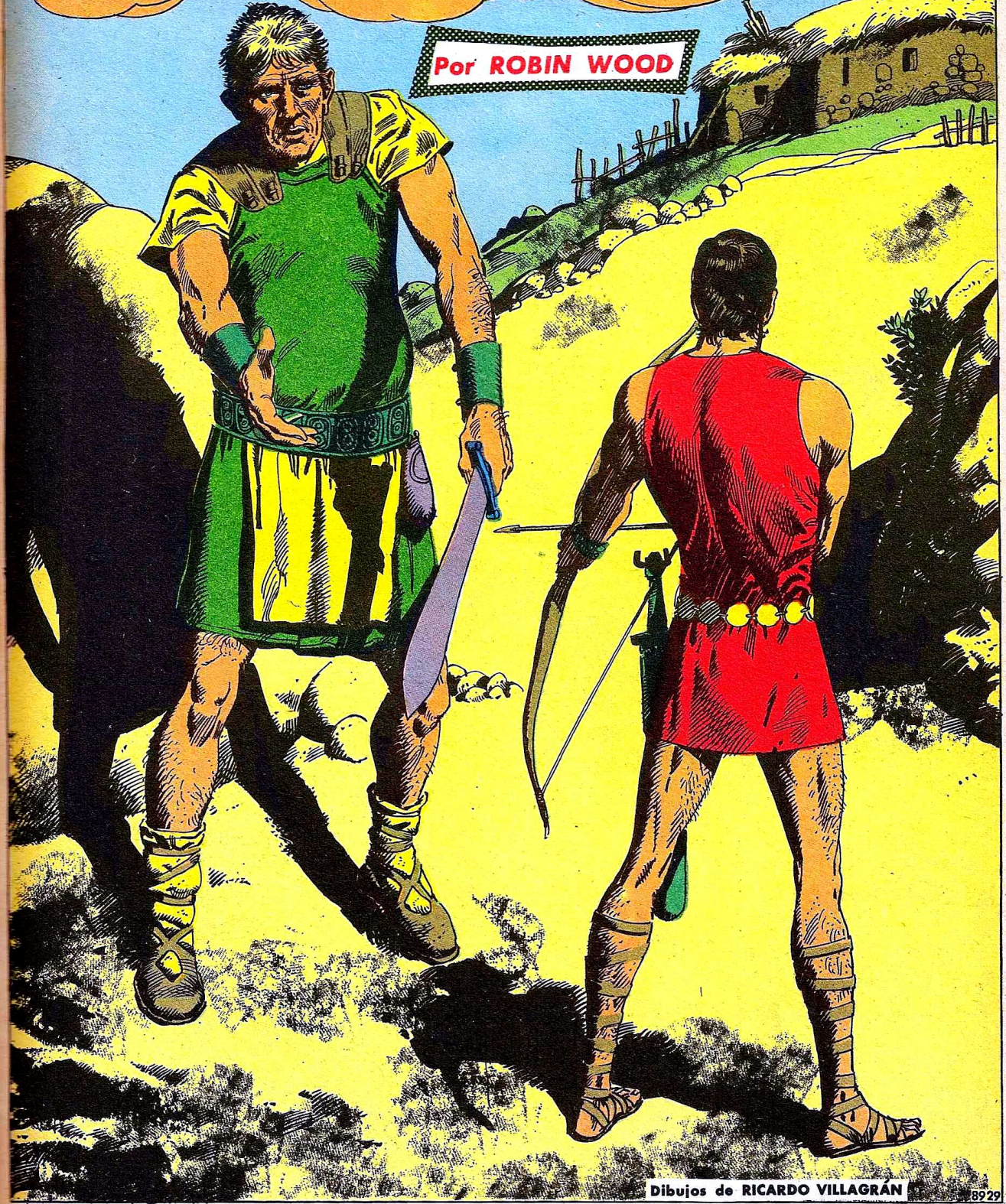
Y aquella carroña maloliente, coronada de moscas parecía abrir su horrible boca negra en una atroz carcajada mientras miraba con sus órbitas vacías la ruina humeante y los cadáveres desperdigados como cuentas de un collar roto.



NIPPUR DE LAGASH

“cuando canta el pájaro de la mañana”

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **RICARDO VILLAGRAN**

8929

Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

Lo primero que me llamó la atención de esos pasos fue su andar vacilante, temeroso, inseguro. El oído de un viajero sabe reconocer el mensaje de un pie sobre la hierba.



Y yo, Nippur, el enamorado de los caminos, sé distinguir la férrea pisada del soldado, la pesada del campesino, la nerviosa del comerciante, la furtiva del asesino.



Pero en ésta no había nada de todo ello. El vacilar de los pies no era más que un accidente repetido a cada paso.

(¿Quién será?)



(Por las dudas... Los dioses no protegen a los confiados.)



(Pero...)



La muchacha apareció. Su larga trenza rubia le golpeaba los talones y caminaba lentamente extendiendo los brazos delante suyo. Vestía como las campesinas de Sumer y parecía un hermoso fantasma entre las rojas flores del bosque.



Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>



No me moví. Avanzaba lentamente tanteando el aire con las manos. Desde un árbol me llegó el canto del pájaro de la mañana: "¿Dónde está mi amor? ¿Dónde está mi amor?" La muchacha era ciega.



¿Eh?



Un gemido escapó de su garganta. Un sonido pequeño, una campanilla de miedo.
No me mates.



¿Matarte? ¿Quién quiere matarte, muchacha?

¿No eres...?



¿No eres uno de los hombres del gigante?
Muchacha, apenas si soy un viajero lleno de polvo y que está saboreando de antemano su almuerzo... que se quemará si no le presto atención.



¿Cuál es tu nombre?
Aha. Vivo con mis padres aquí cerca y ...



¡Allí está!
Al fin. Sabía que no podría haberse alejado mucho.



¡Me han alcanzado!
¡Estoy perdida!

No te muevas.

Eran dos rufianes malencarados, vestidos con túnicas buenas pero a las cuales la suciedad acumulada en mucho tiempo había teñido de un indescifrable color. Olfían mal y lucían peor y producían un verdadero estruendo al caminar, cargados como estaban de espaldas y cuchillos.

¡Ven aquí, muchacha!



Revolví el contenido de la olla y chasquéé los labios.

Ya verás cuando lo pruebes, muchacha. Los dioses a veces se acercan para mendigar un poco de los guisos de Nippur.



¡Ven! ¿No me oyes?

¡Suelta!



¿No la oyes, hombre? ¡Suéltala!



Tú es mejor que no te muevas, viajero.



De niño fui siempre reacio a toda clase de consejos... y el envejecer nunca reformó esa faceta de mi carácter.

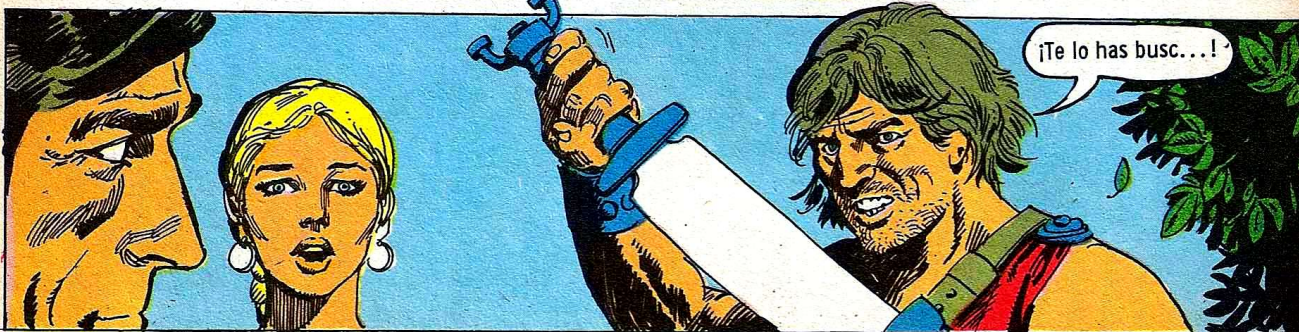
Pero...



¡Ahhh!



¡Te lo has busc...!





Atrhos es un gigante. He oído a la gente decirlo y he oído sus pasos retumbar sordamente cuando él pasa. Es jefe de todo pues todos le temen y ya saben que el miedo es la mejor corona.



De pronto, esta mañana vinieron dos de sus hombres a buscarme. Oí a mi padre discutir con ellos y luego oí un golpe. Entonces huí.



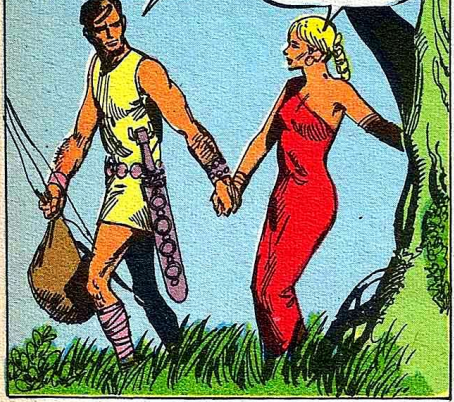
¿Por qué te quería el gigante?

No lo sé. No lo sé.



Ven. Iremos a tu casa.

Señor... Tengo miedo.



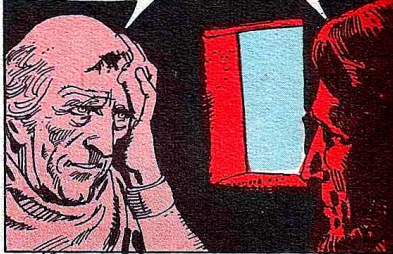
No lo tengas. O ten un poco pero no dejes que eso se te meta en la sangre. La vida es muy difícil con el miedo dentro tuyo.



Encontramos a su padre restañándose la sangre de la cara, atontado aún pero no tanto como para no suspirar aliviado al saber que su hija estaba a salvo.

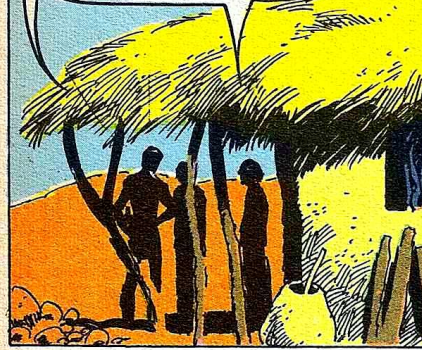
Viajero, no sé cómo agradecerle.

Deja eso.



¿Crees que el gigante volverá?

Sí. Les oí decir que el gigante te quiere a toda costa.



Pero ¿por qué? Somos pobres..., apenas unos miserables pastores..., no tenemos oro...



(Es una buena pregunta, ¿por qué?)



¡Eh, vosotros!

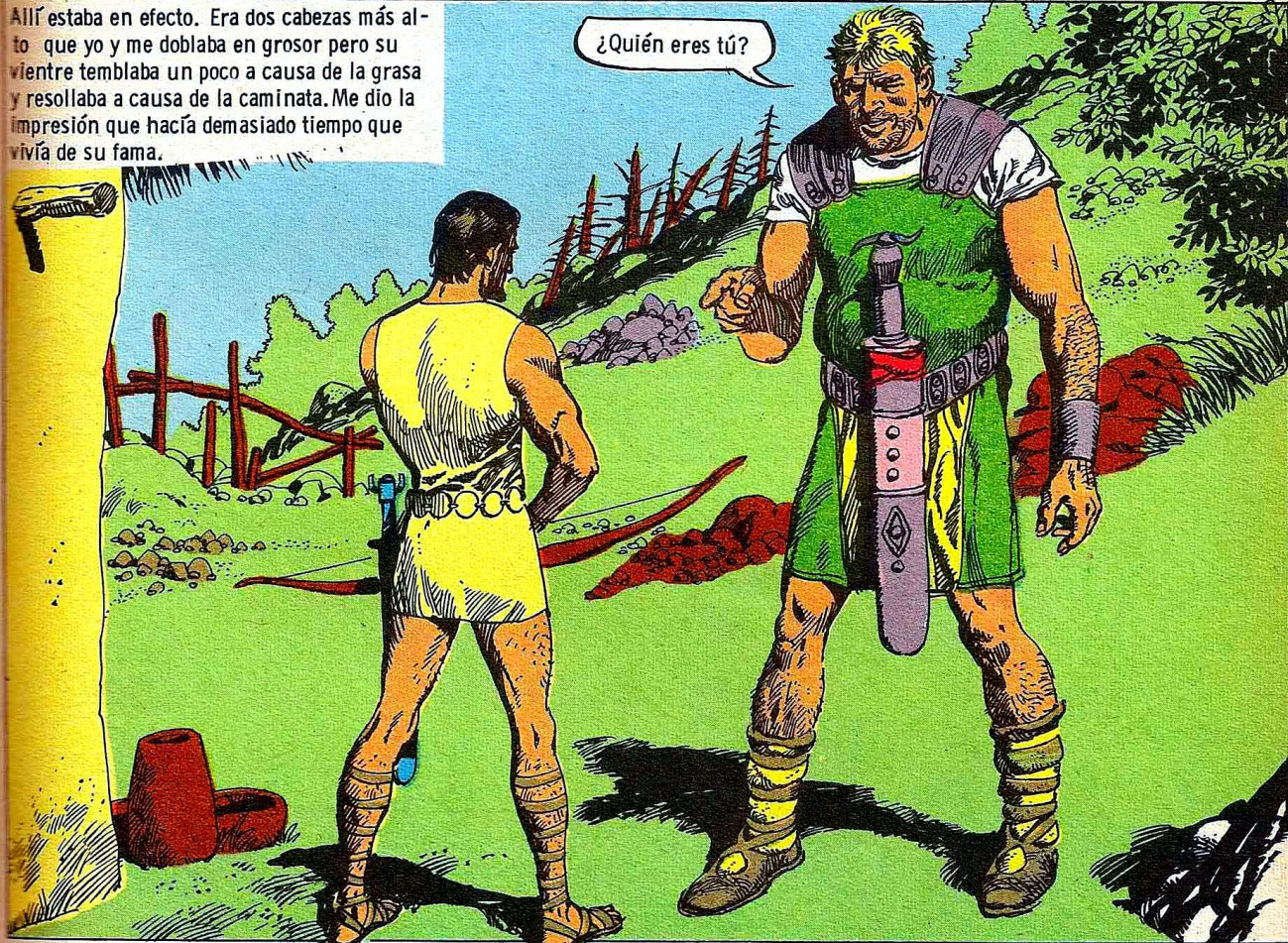




Díoses... Es él.
¡Es Atrhos!

Yo hablaré con él.

Allí estaba en efecto. Era dos cabezas más alto que yo y me doblaba en grosor pero su vientre temblaba un poco a causa de la grasa y resollaba a causa de la caminata. Me dio la impresión que hacía demasiado tiempo que vivía de su fama.



¿Quién eres tú?



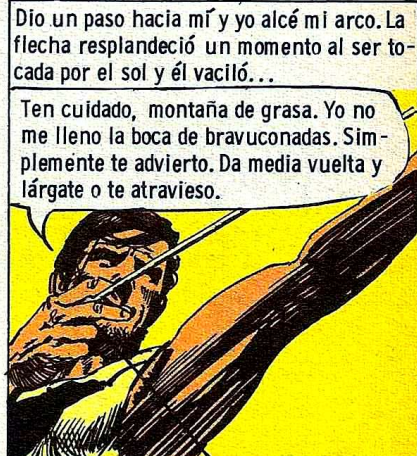
Nadie. Estoy de paso.

La muchacha. ¿Dónde está? Vengo a llevarla.



Has perdido tu tiempo, gordinflón. Lárgate.

¿Cómo te atreves...?



Dio un paso hacia mí y yo alcé mi arco. La flecha resplandeció un momento al ser tocada por el sol y él vaciló...

Ten cuidado, montaña de grasa. Yo no me lleno la boca de bravuconadas. Simplemente te advierto. Da media vuelta y lárgate o te atravieso.

Me miró un momento. Hacía mucho que nadie lo había hecho retroceder y él se había olvidado de cómo era esto. Ahora lo recordaba.



Luego dio media vuelta y se fue.

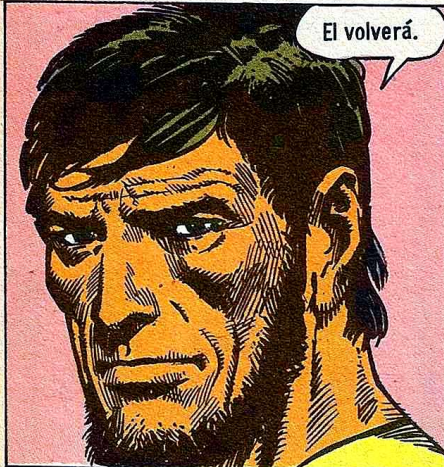


Esta vez ha recibido una lección.

No. Los hombres como él nunca los reciben. Son como piedras en la lluvia. Se desgastan solamente.



El volverá.



Ah, ¿qué es lo que él busca?

No lo sé. ¡No lo sé! Lo juro.



¿Qué acostumbras a hacer durante el día?

Llevo las ovejas a pastar, eso es todo. Conozco el camino de memoria y mi perro me ayuda.



Mañana te acompañaré yo.



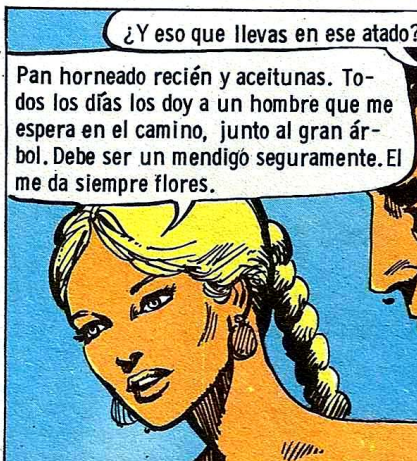
¿Qué es esa campanilla?



¿Esa? Es Samás, mi corderito favorito. Una vez encontré esa campanilla cerca del mar y se la colgué. Así siempre sé dónde está, pues es muy travieso y se escapa.

¿Y eso que llevas en ese atado?

Pan horneado recién y aceitunas. Todos los días los doy a un hombre que me espera en el camino, junto al gran árbol. Debe ser un mendigo seguramente. El me da siempre flores.



¿Lo ves? Siempre está junto al árbol.

No. No veo a nadie.





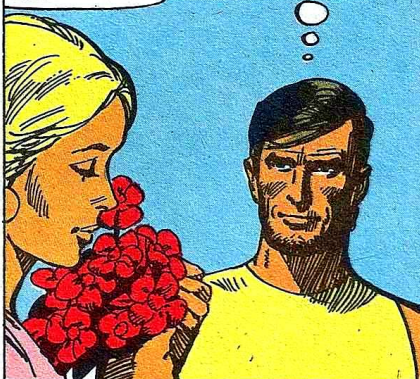
Espera. Aquí hay un puñado de flores.

¡Son para mí! A veces no puede venir y me las deja allí. Dámelas y pon el pan en su lugar.

¿Sabes, Nippur? Hace años que esto ocurre todos los días y yo aprendí a conocer las épocas del año por el aroma de sus flores.



(Todo eso es hermoso pero aún no explica el por qué de la persecución del gigante.)



¡Alto!



Eran los mismos rufianes del día anterior pero ahora acompañados de otros dos. Entre los cuatro juntos no sumaban siquiera un hombre.

¡Ten cuidado, viajero! ¡Esta vez no nos sorprenderás!



¿Sorprenderos?
¡Claro que no!





Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>



¡Ah!

¡Ahhh!



Los desparramé a garrotazos y los apaleé hasta que me detuvo el cansancio. Pensé que les llevaría un buen tiempo volver a tener los huesos en su lugar.



Ven, muchacha. Vayamos hasta el mar. Quiero bañarme.

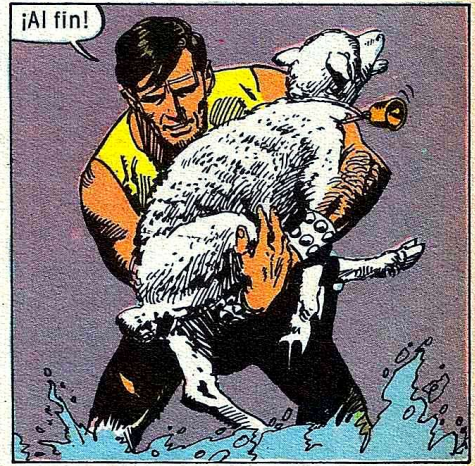
Oigo a esos hombres gemir. Les debes haber pegado muy fuerte, ¿verdad?



¡Oh! ¡Mi corderito, Nippur! ¡Oigo su campanilla que se aleja!



¡Ven aquí!



¡Al fin!



Pero...



¿Ocurre algo, Nippur?

Esta campanilla, Aia... ¿Dónde la has encontrado?



En una cueva... cerca del mar, ¿por qué?

Llévame allá. Creo que acabo de descubrir lo que el gigante busca, Aia.



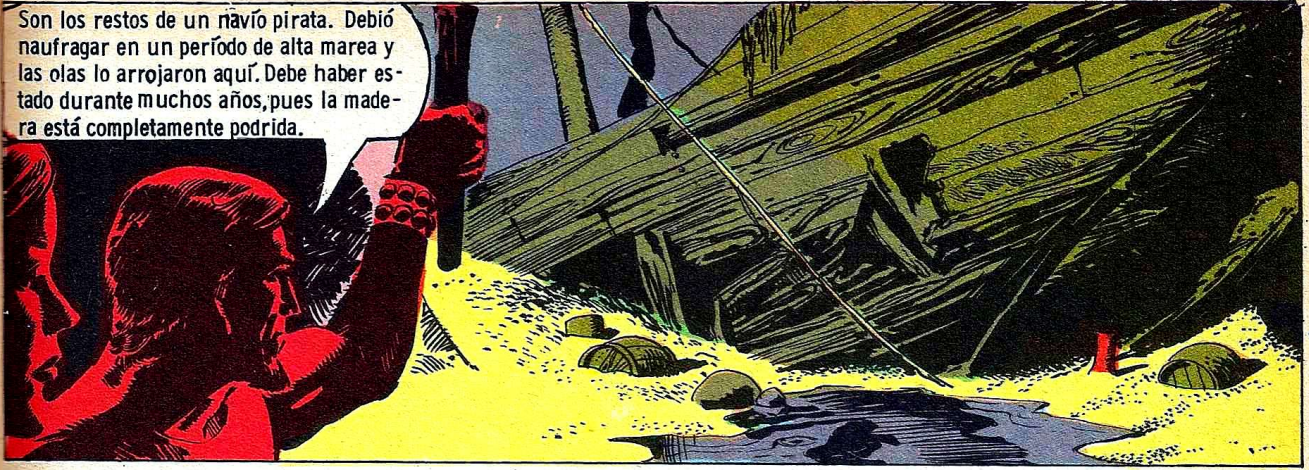
Esta campanilla es de oro.



¿Ves algo?

Sí...

Son los restos de un navío pirata. Debió naufragar en un período de alta marea y las olas lo arrojaron aquí. Debe haber estado durante muchos años, pues la madera está completamente podrida.



Y aquí hay cestas de paja... y adentro...



Y adentro hay oro, Ala. El tesoro de los piratas, mucho oro.



El gigante debe haber adivinado el origen de la campanilla y por eso te busca.

¿Qué haré entonces, Nippur?



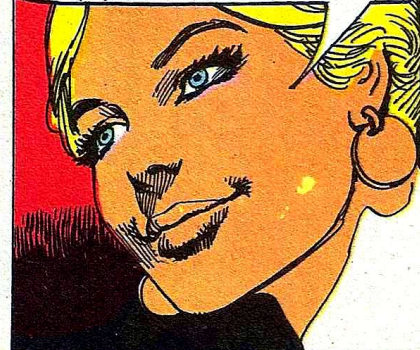
Esta noche sacaremos este oro de aquí. Lo cargaremos en la carreta de tu padre y os iréis de aquí. Id a Akad, y poneos bajo la protección del rey Sargón. Decid que os envía Nippur. El os protegerá.

¿Y tú?

Yo tomaré un poco de oro para mí, claro, y también me iré... en otra dirección.



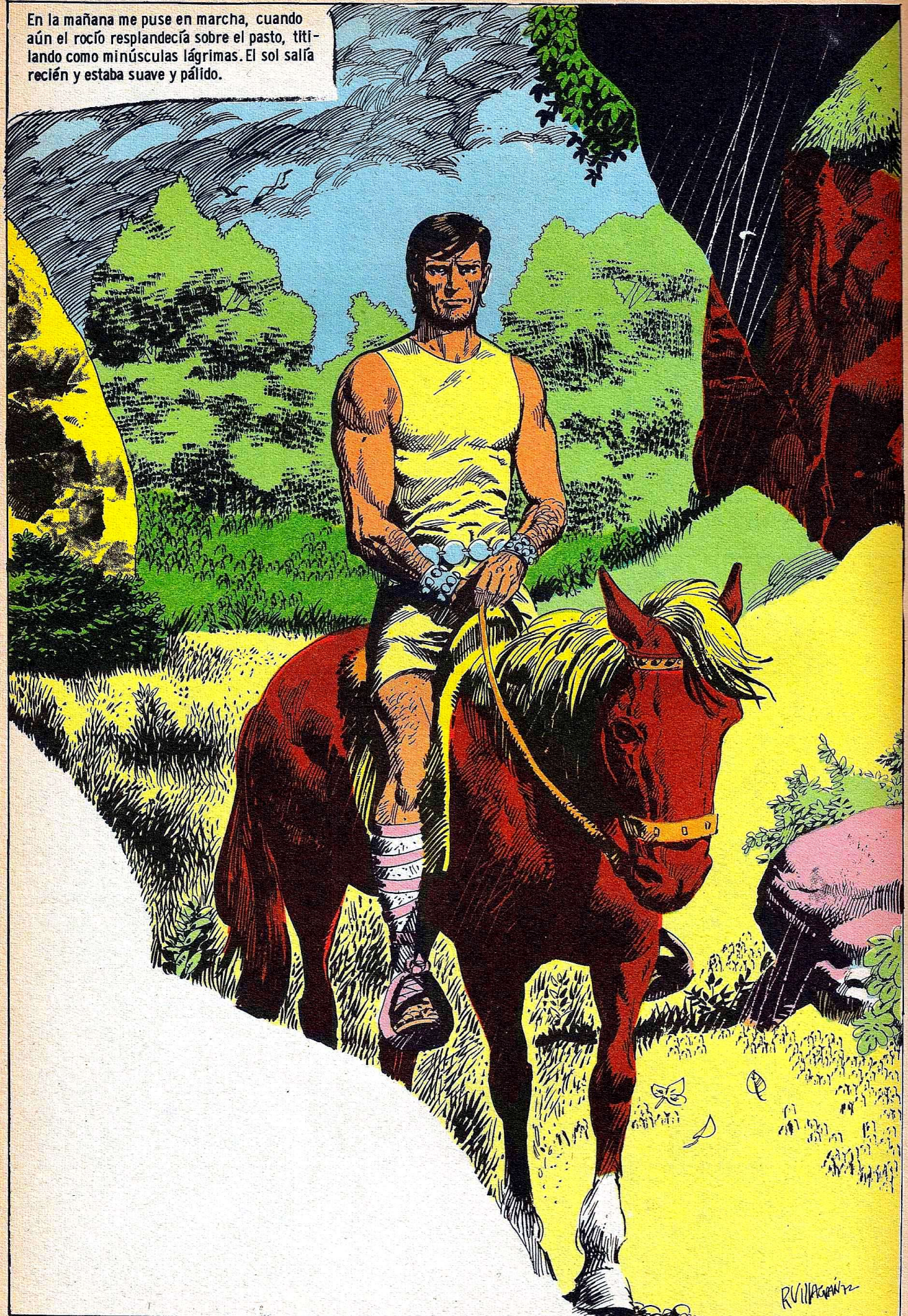
Nippur, quiero que mañana pases por el camino... y que lleves un regalo... al hombre de las flores. ¿Lo harás? Sus flores me faltarán mucho, ¿sabes?



Lo haré.



En la mañana me puse en marcha, cuando aún el rocío resplandecía sobre el pasto, titilando como minúsculas lágrimas. El sol salía recién y estaba suave y pálido.



Woodiana

<http://ar.groups.yahoo.com/group/woodiana/>

Por encima de los árboles oí cantar al pájaro de la mañana: "¿Dónde está mi amor? ¿Dónde está mi amor?"



(Allí hay alguien sentado junto al camino. ¿Será él?)



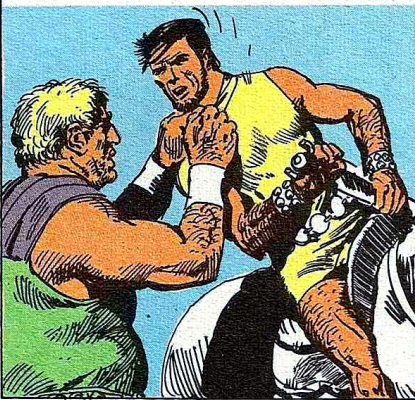
Pero...



¿Tú...?



Se movió con una rapidez increíble. Ni tuve tiempo de empuñar mi espada.



¡Ahhh!



Se acabó tu suerte, guerrero. Primero te mataré. Luego...



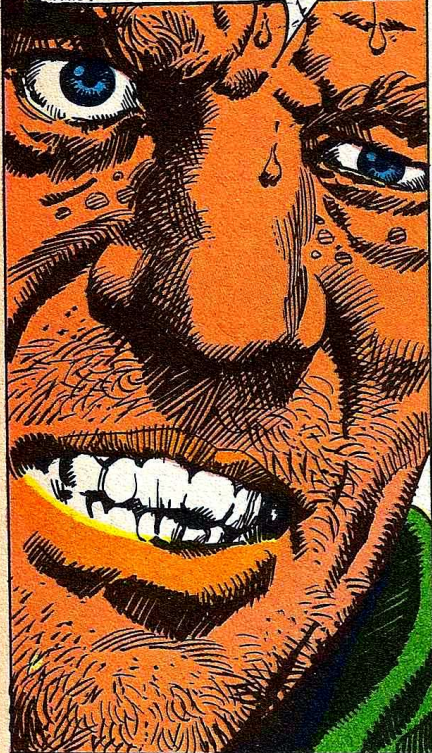
Luego no habrá más asesino. Ella se ha ido con el tesoro.

¿Ella...?



Sus ojos se vaciaron repentinamente de odio y estupefacto ví la consternación en su horrible rostro. Sus manos me soltaron.

¿Qué quieres decir con ello? ¡Habla! ¿Dónde está ella? ¿De qué tesoro hablas?



Pues... el tesoro que Ala encontró... el que tú buscabas. Ella se ha ido con su padre anoche. Tú buscabas el tesoro, ¿no?

Ella... ella se ha ido... Ella se ha ido...

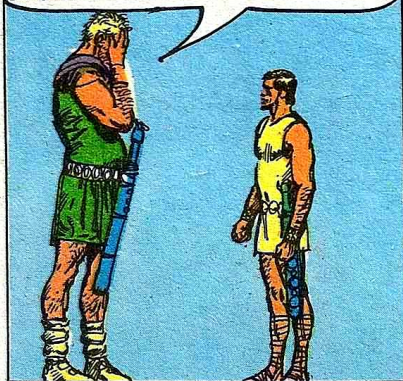


Se apartó de mí y estupefacto me puse de pie. Y oí un terrible sollozo ronco escaparse de su pecho.

Entonces... ¿era a ella a quién querías? ¿No al tesoro?



¡Ya te he dicho que no sé de qué tesoro hablas! Ala... Ala... Era ello lo único que yo quería. Ala ..

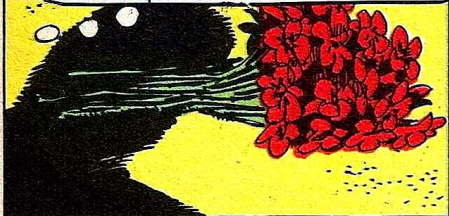


Se alejó sollozando y era horrible y risible y doloroso ese corpachón estremecido por los sollozos.



Y entonces ví las flores en el lugar en que él estuviera sentado, esperando.

(Esperando... como lo ha hecho todos estos años... sin nunca hablar. El bandido que se convertía en mendigo...; mendigo de amor, de sonrisa, de calor por un momento. Hasta que no pudiste más soportar la llaga de tu corazón y quisiste tenerla para ti.)



Miré la figura más pequeña, ahora que ya se perdía cerca del mar. El viento me traía su extraño llanto de niño. Y sólo atiné a decir, avergonzado, más para mí que para él.

Perdóname.



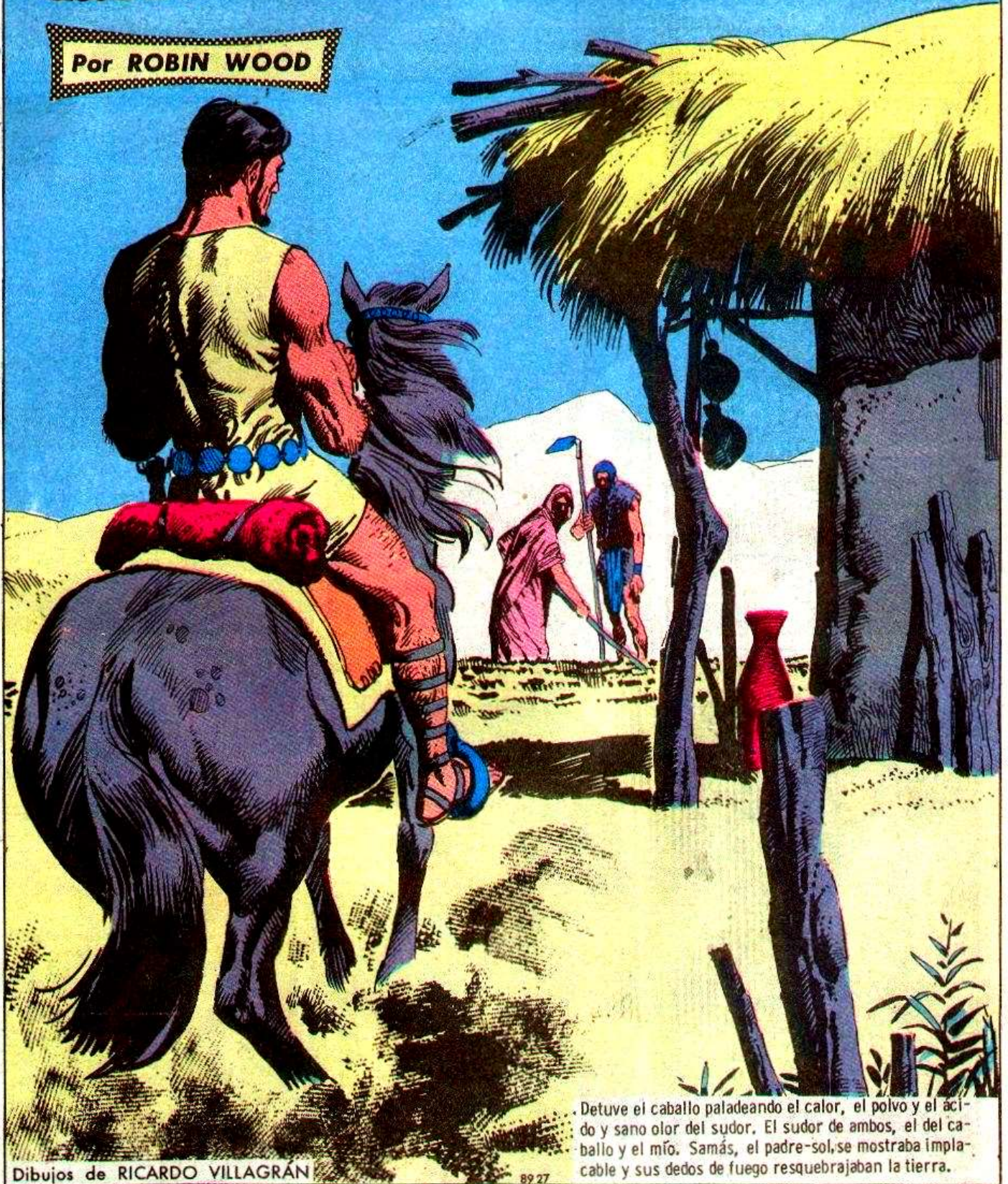
En lo alto de los árboles, el pájaro de la mañana cantó "¿Dónde está mi amor? ¿Dónde está mi amor?"

FIN

NIPPUR DE LAGASH

La noche de Dabbar

Por ROBIN WOOD



Detuve el caballo paladeando el calor, el polvo y el ácido y sano olor del sudor. El sudor de ambos, el del caballo y el mío. Samás, el padre-sol, se mostraba implacable y sus dedos de fuego resquebrajaban la tierra.



(Quiero beber. No tengo más agua.)



¡Eh, vosotros...!

Me miraron con sus ojos de campesinos, ojos que se han vuelto mansos a fuerza de esperanzas. Esperanzas de lluvia, de buena cosecha, de buen viento, de hijos fuertes, de esto y de aquello. Eterna esperanza de los hombres.



¿Señor...?



Agua...



Simplemente señalaron la holla de piedra. Ni una palabra.



(Parecen muy abatidos. Muy miserables.)



Eh, tú...

Se puso de pie, esparrancado, tratando de ensanchar lo más posible el pecho y con una espada de guerrero colgando en un ángulo que la hacía fácil de ver y difícil de sacar. Era joven y me miraba con interés.



¿Eres un guerrero?

Me encogí de hombros. Era una pregunta idiota. Un campesino o un comerciante no lleva espada, arco, flechas y látigo.



Soy un viajero.



Tienes una hermosa espada. Me gusta. ¿Eres bueno con ella?

Otra pregunta idiota. Quien es bueno con la espada no lo dice. Si uno asegura ser bueno hará que su enemigo lo ataque con más precaución y perderá la oportunidad de tomarlo desprevenido.



La llevo.



Yo voy a ser guerrero.



Excelente.

Estaba comenzando a irritarse. Su forma de pararse era muy impresionante pero un poco cansadora, el sol picaba y su vanidad picaba aún más.



¿Quieres practicar un poco conmigo?

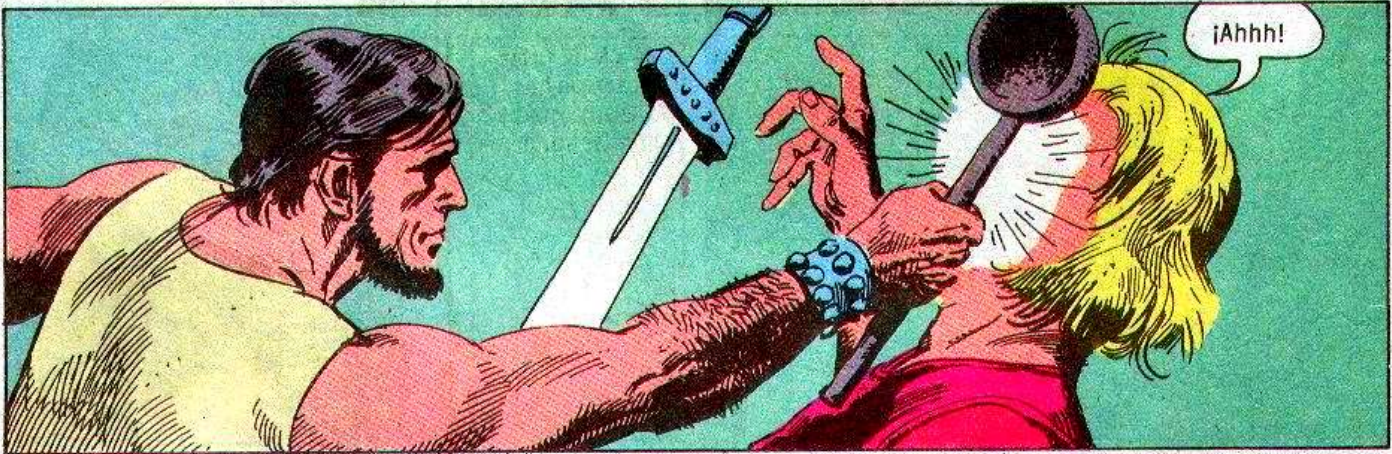
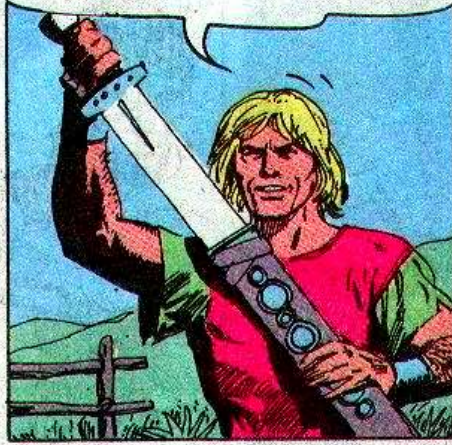


R. Wilson

Escucha, muchacho. Yo sólo saco mi espada para luchar, no para jugar con ella. Deja de molestarme.



Entonces tal vez tengas que sacarla, forastero. Quiero ver lo bueno que eres. ¡Saca...!



Yo sólo saco mi espada, si hace falta, muchacho. Vuelve a tus bueyes. Aún no sirves para apartarte de ellos.



Me las pagarás. Tú...



Volví a mi caballo y lo refresqué un poco. Debía encontrar algún lugar donde dejarlo descansar y pastar. Tal vez más adelante...



Era el viejo. Simplemente me extendió una bolsa burda de piel.



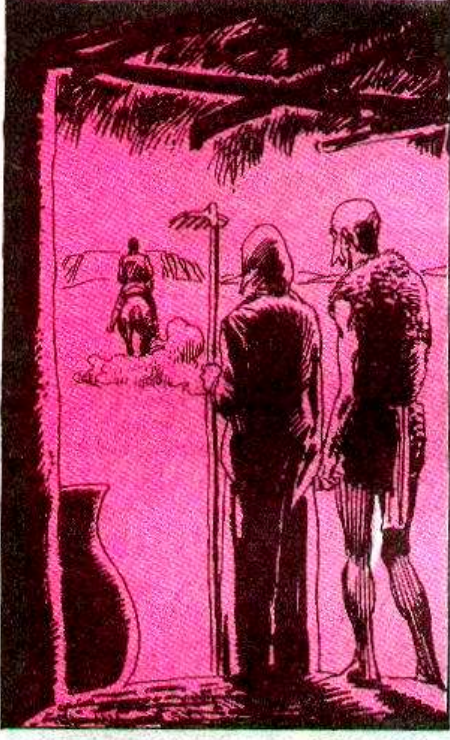
Toma. Es un poco de queso y aceitunas. Somos pobres.

Lo miré. No era el queso y las aceitunas lo que me daba sino las gracias por no haber matado a su hijo. Sonreí.

Gracias, viejo. Los comeré esta noche y pensaré en tí.



Luego monté y me fui. Los dos viejos se quedaron allí, a la sombra de su choza, silenciosos, con sus ojos mansos.



Tiempo después llegué a Nur. Había viajado despacio siguiendo los meandros del Buranum, disfrutando de sus aguas y sus peces hasta que las murallas surgieron ante mí.



(Hoy tendré carne asada, vino y dátiles. Hoy disfrutaré de mi noche.)



(Ah. Nada comparable a esto.)





Hola, forastero.

Era alta y hermosa, con la gracia de las mujeres que usan su belleza como arma y no me hizo falta oír su acento para adivinar que venía de las márgenes del Nilo. Jugaba con un gran gatazo blanco e indolente.

Bienvenido a la casa de Dafar. ¿Quién eres?



Nippur, hombre de Lagash.

¿Nippur?



Sus ojos oscuros parecieron interesados y algo de ello debió comunicarse al gran gatazo que volvió hacia mí sus pupilas verdes.

¿Qué hace el hombre de Lagash en este pueblo?

Paso por él, eso es todo.



Me alegro que lo hayas hecho. He oído hablar mucho de ti y quiero conocerte. Hoy habrá vino de Creta y música para ti, Nippur.

No vale la pena, Dafar.



¿Qué quieres decir?

Llevas brazaletes de oro, collares de oro y tu casa resplandece. He pagado por mi carne y mi vino, y no tengo mucho más. No gastes tu música, tu vino de Creta y tu belleza en mí. Soy un hombre pobre.



El hombre de Lagash es amigo de reyes.

Y muchos reyes han tenido que cambiar sus coronas de oro por una de bronce para pagar a sus criados. No, Dafar. Te lo repito: no tengo regalos para ti.

Nippur, ¿es que no te atrae mi belleza? ¿No eres débil ante una mujer?

Me reí. Dafar era orgullosa y no le gustaba mi indiferente buen humor.

Dafar, yo he escalado una montaña y me he batido contra un ejército para besar a una amazona pelirroja, brava como un águila. Aún llevo las marcas de sus uñas en mi piel y cada vez que las toco mi pulso se desboca. ¿Débil ante una mujer?

No.

¿Débil ante aquellas que entibian mi alma? Sí. Soy viejo y ya conozco la diferencia entre el agua y el aceite, Dafar. Yo bebo el vino de mi ánfora y no del ánfora de la cual cualquiera que pague pueda beber.

Son palabras peligrosas para decir a Dafar, Nippur. Ten cuidado.

He llegado a mi edad cuidándome, Dafar. Lo seguiré haciendo.

Se apartó con un revuelo de telas y un entrechocar de collares. El gato maulló irritado por el brusco movimiento.

(Tal vez he hecho mal. Dafar parece ser un mal enemigo.)

Una risa me hizo volver la cabeza.

Creo que hoy el humor de Dafar será terrible, forastero. No está acostumbrada a que le hablen así.

¿Quién eres tú?

Phiradas, soy un comerciante de paso. Siempre me detengo en Nur para descansar luego del desierto y... ¿por qué no reconocerlo?—para estar un poco cerca de Dafar. Yo no soy como tú y no tengo ni tu estatura ni tus espaldas ni tu rostro. Arrastro mi barriga y sólo el repicar de mi oro enciende una luz en los ojos de las mujeres.

Dafar me divierte. Y me asusta. Es posiblemente la más cruel y fría de las mujeres que he conocido. Su maldad me entretiene. He visto hombres llorar a sus pies, arrojando su oro y su dignidad.

Mala cosa cuando eso te divierte, comerciante.

Bah.

¡Dafar!

¿Tú otra vez aquí...?

Sí, Dafar.

¿Me has traído algo? No recibo mendigos en mi casa.

Sí.



Mira. Aquí tienes. Es un brazalete de oro que...

¿A ver...?



Eres un buen muchacho, Karos. Muy bueno.



Lo miré y mientras lo miraba recordé las aceitunas y el queso que una vez fueron el agradecimiento por su vida. Me di cuenta que ahora su espada colgaba en un ángulo más práctico.

¿Quién es él?

¿El muchacho? Es Karos, un joven campesino que ha perdido la poca cabeza que tenía por ella. Creo que se está volviendo un saltador. Dudo mucho que ese brazalete de oro lo haya encontrado entre el excremento de las cabras de sus padres.



(Quesos... ,aceitunas... ¡Pobres viejos...!)



¿Y tú, comerciante? ¿Qué ofreces a Dafar?

¿Yo? Pequeñeces. Dafar es un pozo sin fondo para el oro. Tomará todo lo que tengas y luego te arrojará sobre el hombro como un carozo de fruta.



En fin... es hora que yo me vaya. La noche es siempre buena para cabalgar. ¿Y tú?



Yo dormiré en Nur. Deseo descansar unos días aquí.

Cuídate, Nippur. Has irritado a un gato y los gatos tienen garras fuertes bajo su pelo suave.



No te preocupes. No me fío de los gatos.

¿Aún estás aquí, hombre de Lagash? Me irrita el verde.



No me verás mucho más. Ya me voy.

11

El muchacho estaba de pie junto a ella y me miraba. Me había reconocido. No me gustó su rostro. Había en él una nueva personalidad, dura, corrompida. Era como ver la superficie del agua que se ha estancado y que comienza a pudrirse.



Nos hemos visto antes, ¿verdad?



Tal vez, muchacho. Tal vez.



¿Lo conoces?



Una vez se detuvo en mi casa. Hablamos un poco. Eso es todo.

Ahora te dejo, Karos. Un rico comerciante de Tebas ha venido a verme y prometí cenar con él.

Pero, ¿y yo?



¿TÚ? No sé. Vete a buscarte una muchacha.

¡Te he traído un brazalete...!



Ah, ¿esa baratija? Guárdatela si quieres. No es suficiente para pagar ni siquiera el aburrimiento que me causas. Vete.

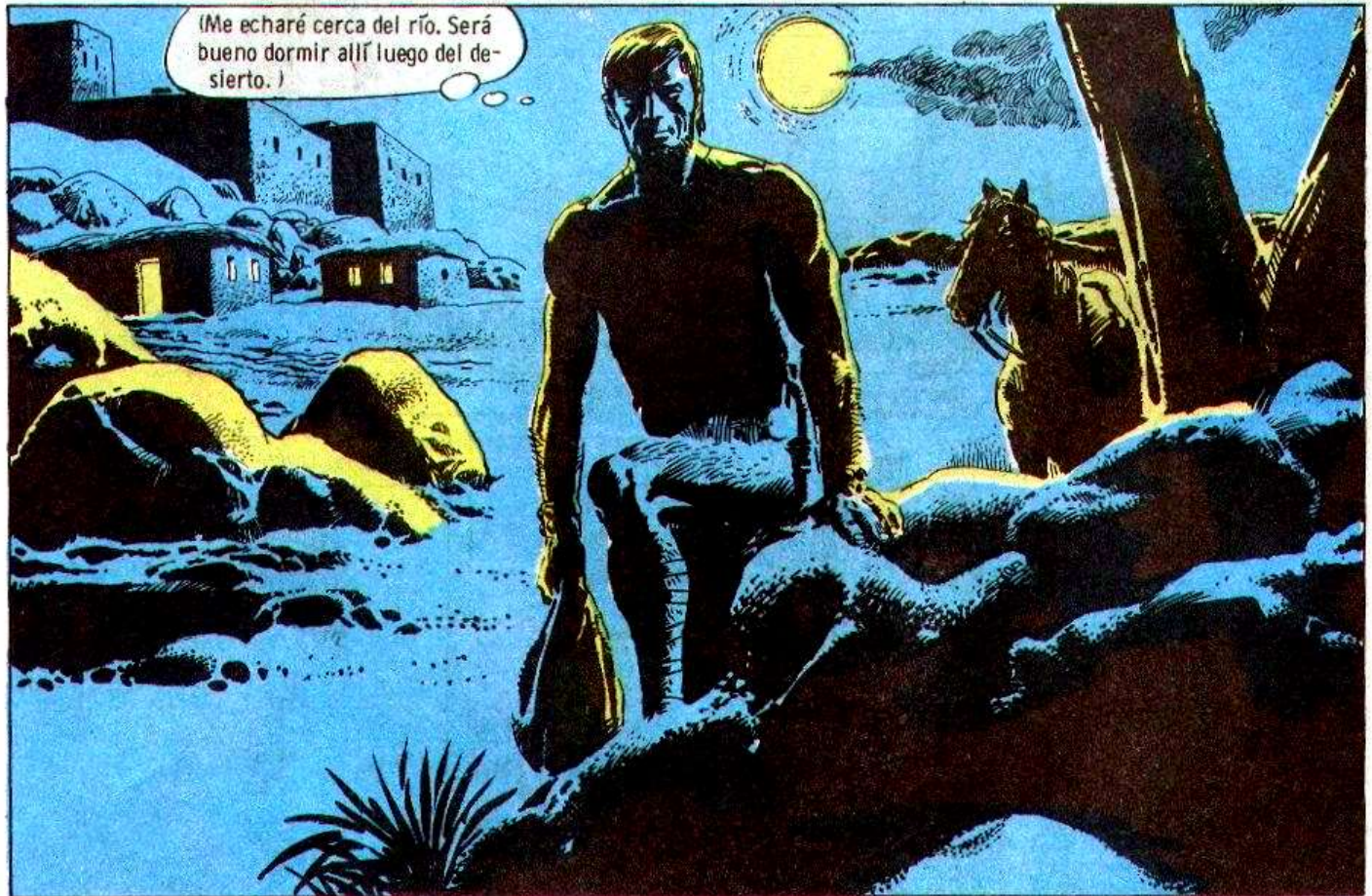
Espera... no te enojés. Quiero estar contigo. No te vayas.



Tal vez si me traes algo mejor que esa chuchería...

¿Algo mejor...?







(Su collar... Ya no lo tiene.)



(Hay una respuesta a esto. Y creo que sé dónde está.)



¡Oh! ¡Es hermoso, Karos! ¡Es el más hermoso regalo que me has traído!



No sé qué hacer. Prométe a ese hombre ir...

Por favor... ¡No vayas!



¡Te lo suplico! ¡No vayas!



Levántate, asesino.



¿TÚ?



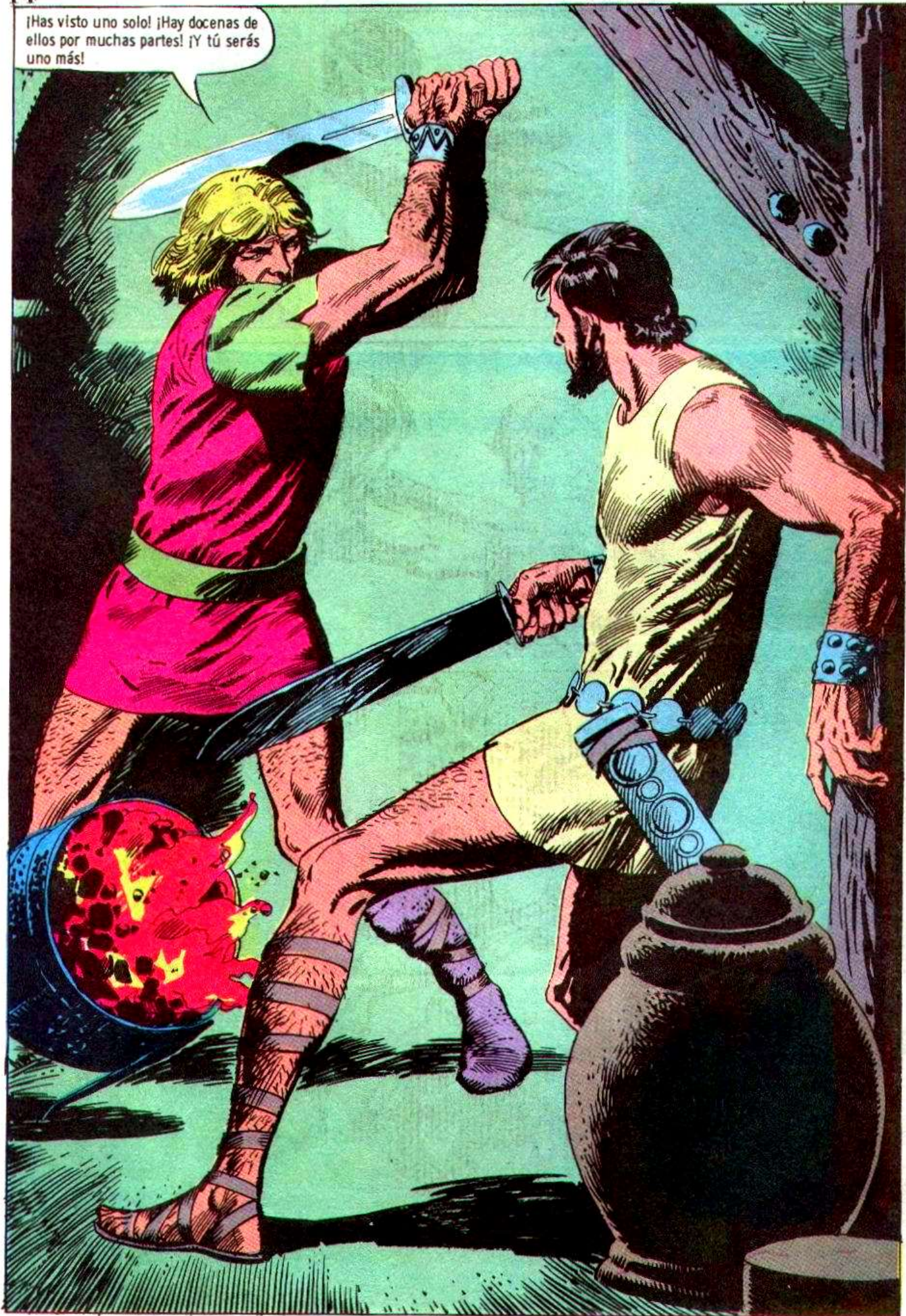
Levántate. Levántate y toma tu espada.

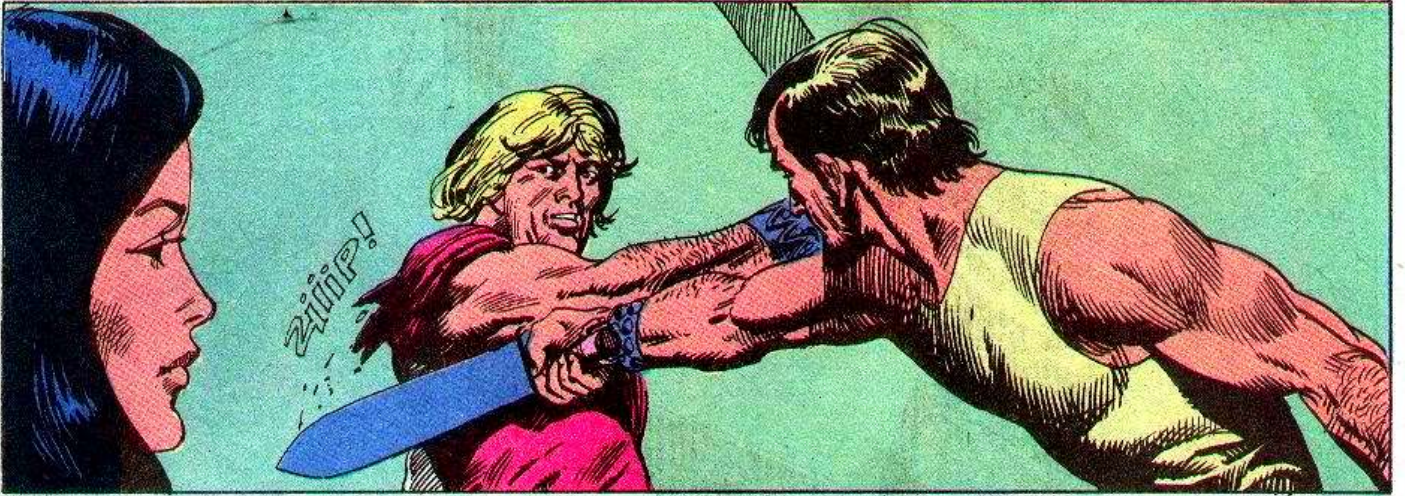
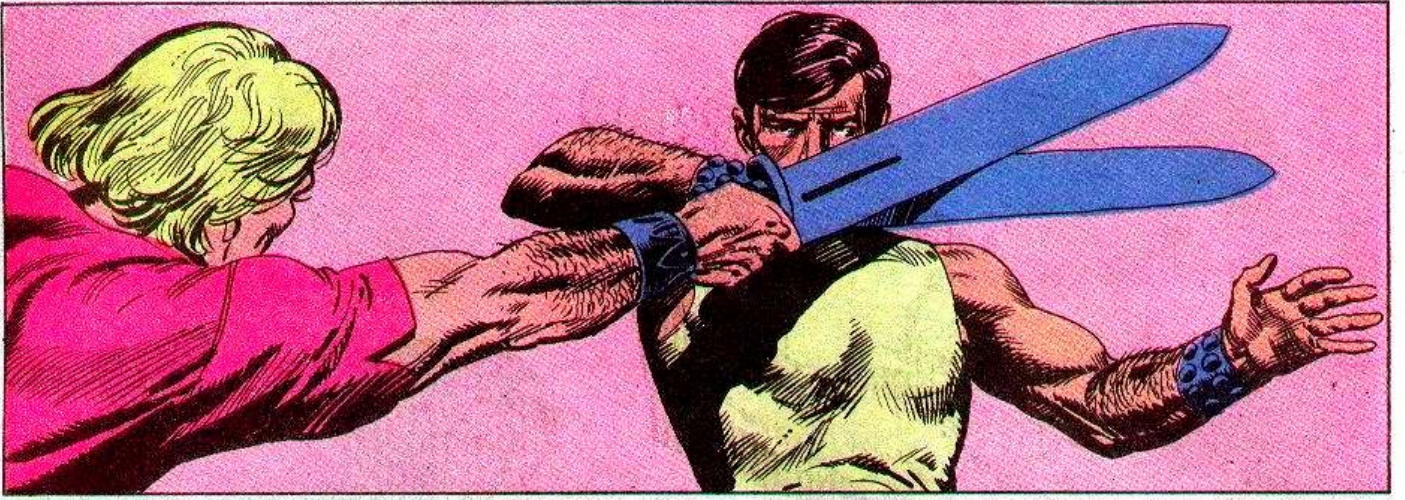


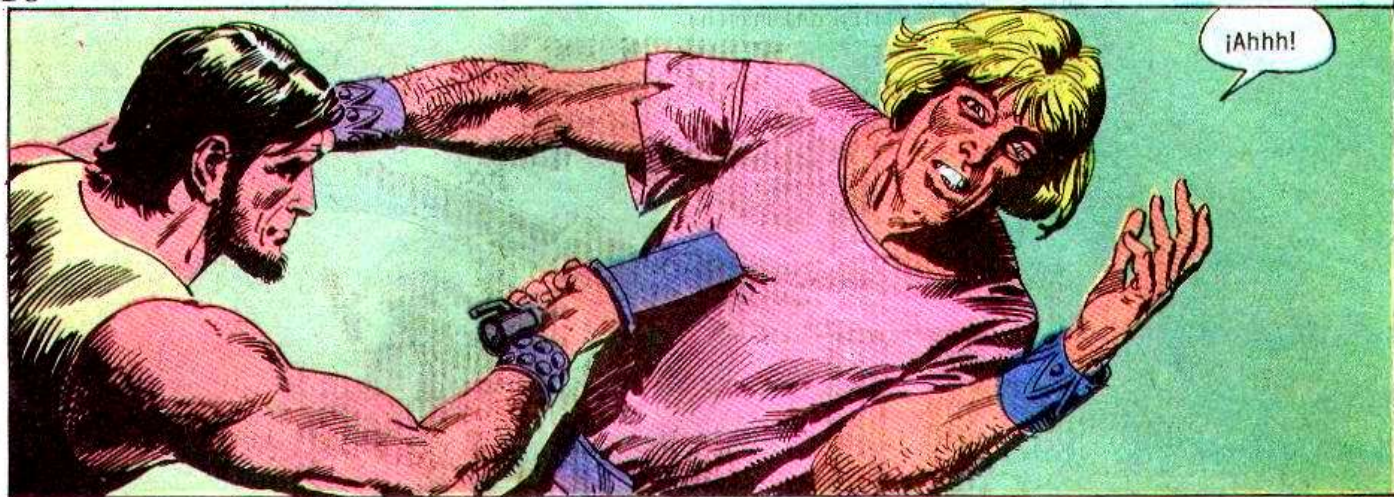
No será lo mismo, ¿sabes? Ahora sé cómo usarla.

Ya lo sé. Lo he visto cerca del río.

¡Has visto uno solo! ¡Hay docenas de ellos por muchas partes! ¡Y tú serás uno más!







¡Ahhh!



No...

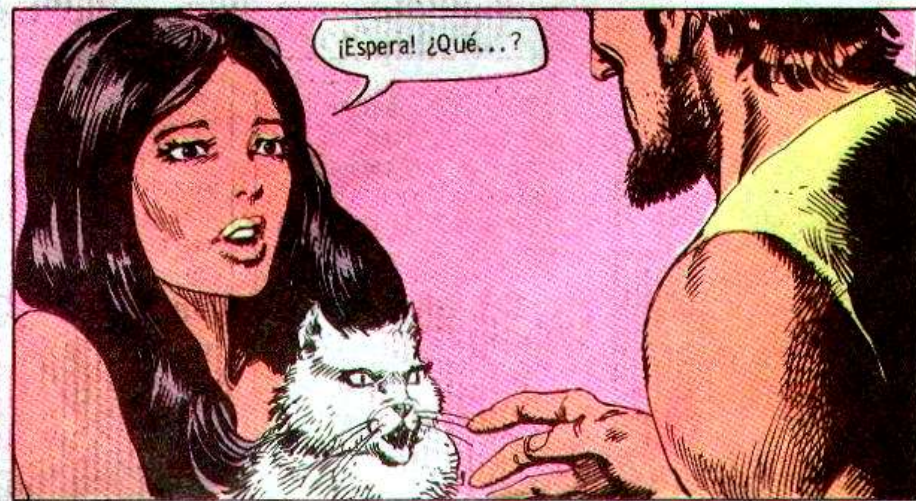


Una carcajada rompió el horrible silencio. Dafar reía y en su risa no había ninguna anormalidad. Reía alegremente.

¡Esto ha salvado mi noche, Nippur! Hasta ahora había sido tan aburrida.



No. No fue él solo quien se corrompió. Gentes como tú lo ayudaron. Tú también pagarás por esto.



¡Espera! ¿Qué...?



Le arranqué el horrible gatazo de entre los brazos y lo estrellé contra una pared.



Luego la castigué. Tal vez mi bofetada le haya traído el recuerdo de alguna otra, de su infancia...

Después volqué aceite en todos los rincones de su casa y arrojé una antorcha.



No... ¿Qué has hecho?



No te he matado, aunque lo merezcas mil veces. No. Sólo te he castigado para que te sirva de lección y no vuelvas a usar tu belleza para hacer daño, Dafar...



(Y tú... Cuánto hubiera dado por no hacerlo... Cuánto... Cuánto hubiera dado por ganar otra vez las aceitunas y el queso del agradecimiento de tus padres. Cuánto...)



(Pero esta vez ya no se podía. Esta vez ya estabas perdido.)



(Y a pesar de todo ello sé que pesarás en mi alma como una roca. Por mucho tiempo cargaré con mi pena por haberte matado. Tal vez... Tal vez toda mi vida...)



FIN

NIPPUR DE LAGASH

LEYENDA DE LOS MONSTRUOS

Por ROBIN WOOD



Detuve mi caballo no muy lejos de las llanuras pantanosas que son cuidadosamente evitadas por los viajeros. Allí, entre el lodo que burbujea y estalla llenando el aire de vapor y pestilencia, termina el reino de los hombres y comienza el reino del misterio y de la bruma.





Un grupo estaba apartado y éstos no eran campesinos. Rígidos y cubiertos de bronce ennegrecido al fuego parecían estatuas mortíferas envueltas en sus mantos de lana negra.



No hay respuesta.

No.



¿Ofrecerás oro?



El hombre se movió y su corazón rechinó. Las siluetas negras se recortaban contra el cielo.

Muramin es un nombre de bronce no de oro. Si el gigante no devuelve a Hinim lo buscaré y pagaré en buen filo de bronce.



Nadie se ha atrevido a entrar en el pantano.

¿Y qué? ¿No he sido siempre yo el primero en todo?



(Me gustaría conocer la historia.)



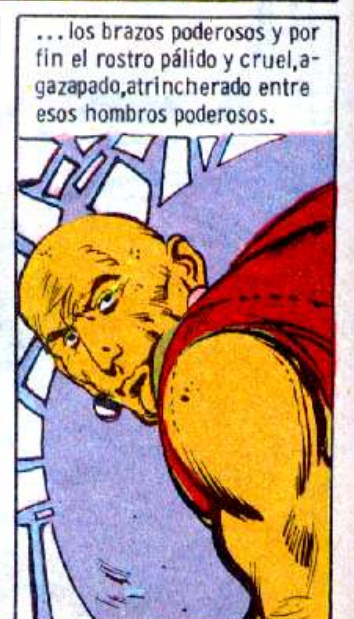
(Allí se acerca otro jinete.)



(Curiosa silueta. Me parece conocida.)



St. Poco a poco la distancia disminuía y podía ver el cuerpo contrahecho... ¡la gran joroba...



... los brazos poderosos y por fin el rostro pálido y cruel, agazapado, atrincherado entre esos hombros poderosos.



Hattusil.

Se inclinó en su montura y me miró sin sonreír. Hattusil nunca ha sonreído en su vida.

Nippur, ¿qué extraña suerte hace que nos crucemos otra vez?



Paso por aquí a la deriva como siempre, ¿y tú?

Yo no. He oído una leyenda y vengo a ver qué hay detrás de ella.



Eso me hizo sonreír. Leyendas, canciones e historias sin fin se han tejido alrededor de Hattusil, el contrahecho, cuya espada no tiene igual en ninguno de los países conocidos, y él es celoso de su leyenda como de una mujer.

¿El gigante?



¿Lo conoces?

No. Sólo he oído a los campesinos.



Sí. Allí, en el pantano, reina un gigante devorador que rapta animales y gentes, y al que los campesinos pagan tributo. Tiene una corte de demonios y nadie se atreve a enfrentarlo.



¿Y por eso has venido?

Por eso he venido.



Muramin, señor, ¿has visto al deforme?

¿Cuál?



Aqué, ¿no será uno de los demonios del gigante?

Hmmm. Tienes razón. Acércate a él.



Hattusil... creo que tendremos problemas.

Ahá. Ya los he visto moverse.





Eh, jorobado.

Las facciones de Hattusil no se alteraron. Sólo la luz verde de sus ojos se hizo más clara, más brillante, como si un fuego se hubiera encendido tras sus pupilas. Comprendí que aquel hombre había firmado su sentencia de muerte.



Eh, tú, jorobado. ¿No me oyes?



Vuelve a tu guarida, perro. Hattusil no tiene huesos para ti.



Eres insolente, jorobado, ¿eh? Has cometido un error. Mi nombre es Hanakahan y mi espada...



Alzó la espada sobre Hattusil, que lo contemplaba lánguidamente, con las dos manos cruzadas sobre el cuello de su montura.



Nadie vio el movimiento.



El cuerpo muerto seguía aún sobre su caballo cuando ya la espada estaba nuevamente en vaina y las enormes manos otra vez cruzadas en su lánguido gesto.



Luego, el cuerpo cayó entre las patas del caballo.

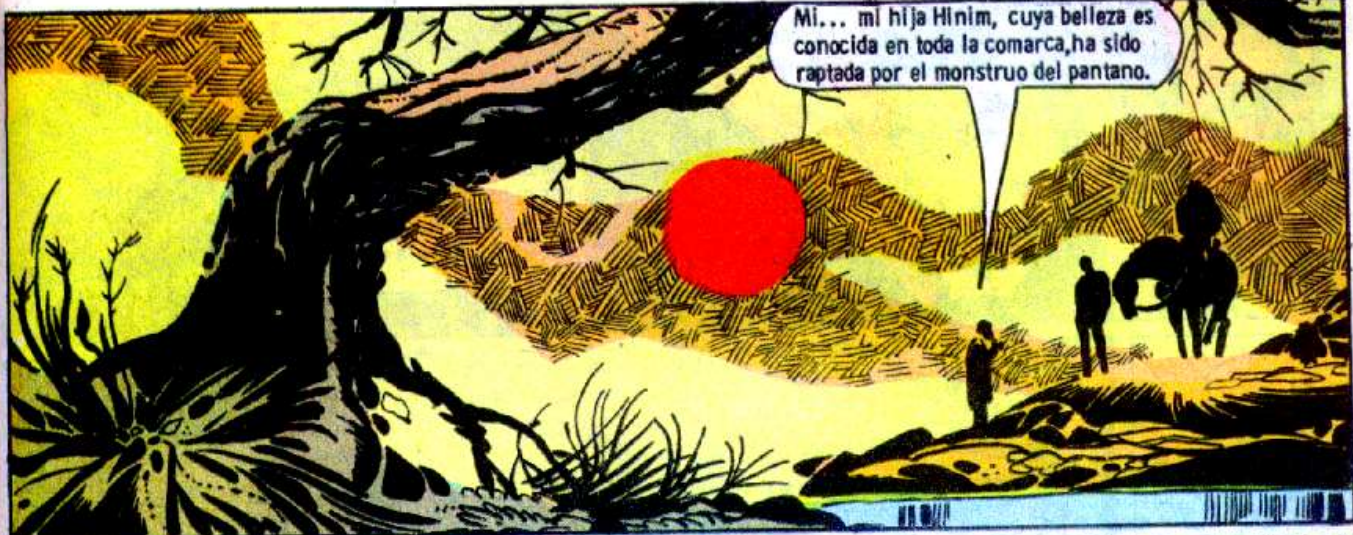


Tú, campesino. Cuénteme qué ha ocurrido.

Pues..., señor...

Hattusil paseó sus ojos de gato por el círculo de bronce negro y luego escupió sobre el cadáver. Lo hizo lentamente y sin interés.

No me molestéis más.



Mi... mi hija Hinim, cuya belleza es conocida en toda la comarca, ha sido raptada por el monstruo del pantano.

Miró nerviosamente a los jinetes que recogían el cuerpo caído.

Desgraciadamente acababa de venderla al noble Mura-min, nuestro señor, quien está furioso.



¿Así que vendes a tu hija como una vaca, sembrador?

Yo...



¿Y tú?

Mi hijo... un muchacho alegre y hermoso. El puño más fuerte del pueblo... Desapareció esta mañana en el borde del pantano. ¡Oh, dioses!



¡Allí! ¡Allí está!



La silueta emergía difusa entre la neblina pestilente. Vimos su enorme estatura y su rostro bestial.



Su voz resonó sobre la bruma del pantano como el bramido de un toro.

¡Fuera, carroña! ¡No molestéis más u os daré aún mayor razón para llorar!



Se ha ido.



Ah.

Nippur... yo entraré al pantano. Mañana en la mañana.



Yo iré contigo.

Ya lo sabía. ¿No tienes miedo?





Un poco..., ¿y tú?

Hattusil paseó su mirada verde por el horizonte humeante del pantano. Yo conocía ya su respuesta y sabía que era verdad.



No.



Señor, ¿qué haremos?

Reúne a mis hombres. Mañana entraremos al pantano.



Cuando volvamos tendré a Hinim en mi casa y la cabeza del gigante colgada de mi montura.



El pantano humeaba, grandes burbujas negras estallaban borboteando. Desde los árboles llegaba el chillido agorero de los pájaros.

Entramos en el pantano a pie, sin armaduras, llevando sólo nuestras espadas, arcos y flechas. Una larga experiencia nos prevenía contra el excesivo peso en ese terreno fangoso y traicionero.



Grandes insectos voladores zumbaban entre la densa neblina verde y se oía la podredumbre. Fantasmas de tiempos muertos se cocían en el caldo tibio del pantano.



Nada. Ni rastros.



La noche se sembró de aullidos, y sombras aladas cruzaban rozando nuestras caras con alas viscosas y ojos refulgentes.

Este es el reino del horror, Hattusil.

No. Es apenas un pantano.

Mira, Nippur. Aquí la tierra ha sido desecada.

Tienes razón. Y han sembrado también.

Poco a poco el pantano moría. Encontramos árboles talados, cultivos, huellas de animales, canales cavados.

- Extraño, ¿no crees?

El gigante debe hacer trabajar a los que rapta.

Allá hay gente.

Llámoslos. Estarán felices al vernos.

¡Extranjeros!

¿Felices? No diría que ésa es la palabra justa.

Mira, Nippur. Aquélla debe ser la residencia del gigante.

Hmmm...

¿Qué te ocurre que estás tan pensativo?

Nada. Una idea.

Y en ese momento vimos la inmensa silueta aparecer, empujando su enorme lanza y rodeado de una horrible corte de monstruos, jorobados, cojos, idiotas...

¡Vosotros! ¡Todo aquel que entra en mis tierras muere! ¡Preparaos!

¿Qué haces, Nippur? No podrás detener a ese gigante con una flecha.

Espera.



Alcé mi arco y repentinamente apunté a una de las lastimosas figuras que rodeaban al monstruo.

¡Mataré a aqué!!



¡No! ¡No lo hagas!



Ríndete, gigante. Yo no dispararé sobre ti sino sobre los que te rodean. Ríndete. No somos enemigos. Sólo somos curiosos.



No miró con ojos enormes de temor, y de pronto dejó caer su lanza.



No entiendo.

Ya verás, Hattusil. Creo que he descubierto el secreto del gigante.



Crecí y crecí sin cesar. Mis padres se horrorizaron y me echaron de casa creyendo que era una maldición. Fui a la deriva pero en todas partes me apedreaban y me perseguían.



—Luego, guerreros en busca de fama quisieron matarme y descubrí que con mi fuerza podía destruirlos como uvas, pero eso no me hizo feliz pues odio la pelea. Finalmente me refugié en este pantano para vivir en paz.



No sé cómo se supo entre los desdichados estas cosas se saben siempre) pero poco a poco vino gente a ponerse bajo mi protección. Los perseguidos, los deformes, los que no hallaban lugar en este mundo hecho para los cuerpos perfectos.

También vinieron otros. Como Hinim, la hermosa y su enamorado, quienes huyendo de la codicia y la cólera de Muramin, el señor de los hombres negros, buscan asilo en mi reino.



Aquí todos trabajamos con amor y todo es de todos. Las horribles leyendas nos protegen y, cuando alguien se atreve a entrar, defendemos nuestro reino con las armas que poseemos. Nuestra felicidad es bella y la defenderemos hasta el fin.



Eso es todo, forasteros.



Quedamos en silencio. A lo lejos una mujer cantaba. Un perro ladró y oímos la risa gorjeante de una criatura. Hattusil dijo...

Es curioso. He visto hombres y mujeres deformes y horribles, y sin embargo sus hijos son hermosos.



El gigante sonrió con gentileza.

¿Crees que una joroba o una cojera o un rostro comido por la viruela es algo que pesa más que el amor con que esos hijos son engendrados?



No me hables de amor, gigante. Es tarde para mí. En el pecho sólo tengo una piedra y mi único amor es mi espada. Tu canto de amor llega tarde para mí. Estoy sordo a él.



Lo siento por ti. Cargar un odio es como cargar una espada al rojo vivo con las manos desnudas.



¡Los hombres negros vienen! ¡Han entrado al pantano! ¡Vienen con caballos y armaduras!



¿Caballos y armaduras? Los dioses los ayuden.





¡Moveos, idiotas! ¿Qué os ocurre?

Los caballos no pueden salir del fango, señor.



¡Apaleadlos! ¡Haced algo u os costará la cabeza!



¿Ahora?

¡Ahora!



Pero... ¿qué es esto?



¡Avispas! ¡Socorro!



¡Ahhh!



¡Ahhhh!
¡Mis ojos!

La confusión fue horrible. Los soldados se arrojaban de sus caballos para huir de las nubes zumbantes y caían en el fango con el peso de sus armaduras, espadas, cascos...



¡Ahhh!



¿Dónde está el gigante?
¿Dónde están los perros?



¡Salid a pelear, carroña de-
forme! ¡Bestias! ¡Basura!



Es mío.



Ah. Allí estás, jorobado.
¡Espérame!



No.



¡Noooo!



¡Ahhh!



Vosotros... Oh,
dioses.

Hattusil desclavó la espada de su vientre tirando y clavando un pie contra el cuello del cadáver.



Nippur..., me da tanta pena.

¿Quién?
¿Muramin?



No, Hattusil. El odio que lleva adentro es como una hoguera y un día él mismo será devorado por ella.

Lo sé.



¿Pero acaso cada uno de nosotros no lleva una hoguera adentro? En unos es el odio. En otros es el amor.



Y en ti, ¿cómo se llama, Nippur?

¿En mí...?



No lo sé. Sé que mi hoguera arde y me quema pero no sé su nombre. Tal vez tenga nombre de ciudad, de mujer, de guerra o de muerte. Tal vez tenga un nombre.



Pero yo no sé cuál es.

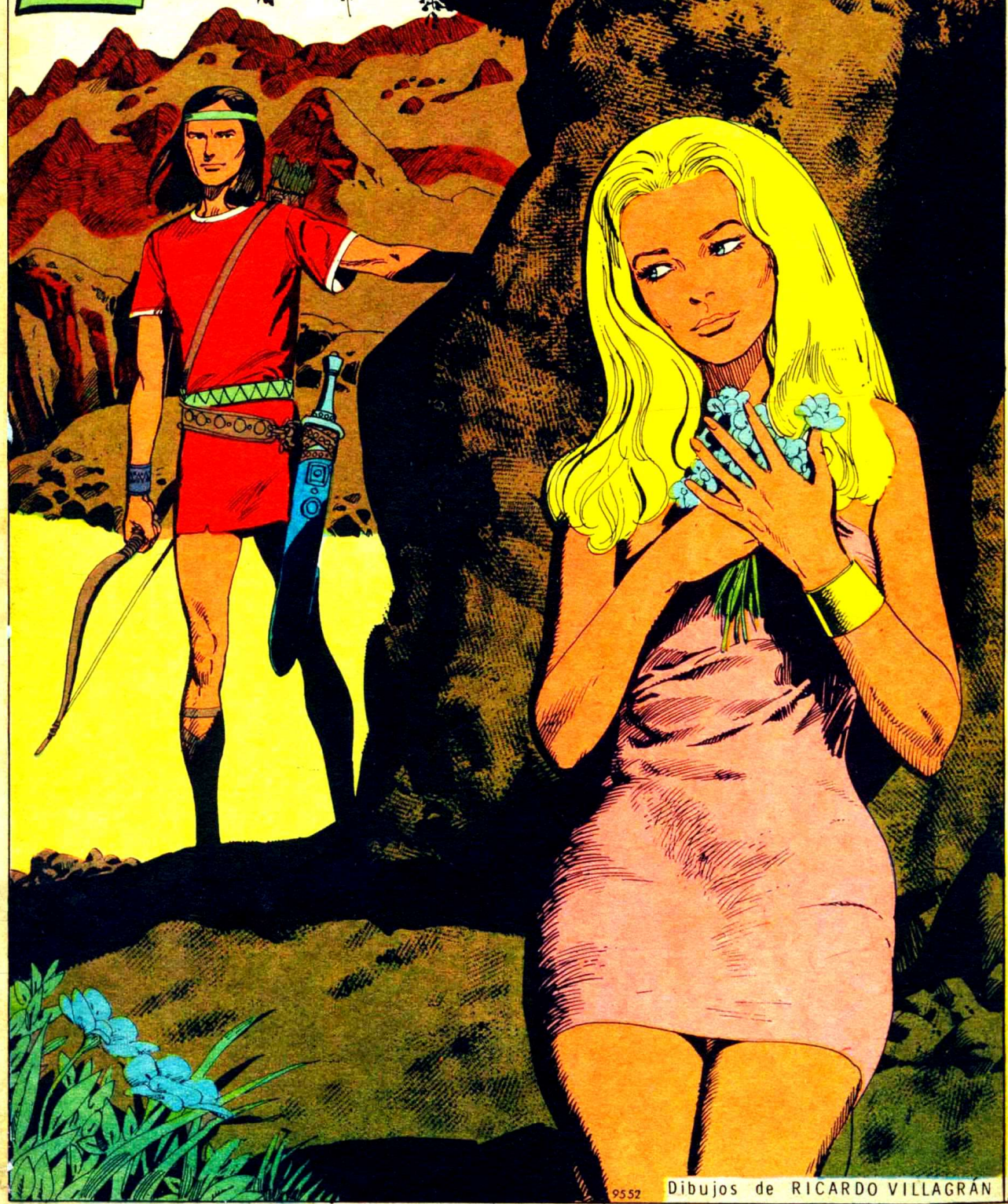


FIN

NIPPUR DE LAGASH

Por
ROBIN
WOOD

LAS FLORES DE LAS MONTAÑAS





El viento soplaba con fuerza bajando de las altas montañas trayendo en sus primeras ráfagas un mordisco de nieve y de hielo que anunciaba el primer frío del invierno. Las rocas se pulían bajo su lengua áspera y el lobo enmudecía su aullido.

Por ello los pastores habían buscado esa caverna y en ella se arrebujaban alrededor de la hoguera hecha con hierba seca y excrementos de oveja.



También el mendigo se había unido a ellos. Los pastores aman a los mendigos pues vienen de lejos y traen historias de otros mundos desconocidos para ellos. Y este mendigo llevaba un arpa a la espalda, debía ser un bardo, un cantante...



Háblanos de Nippur, mendigo. Y come.



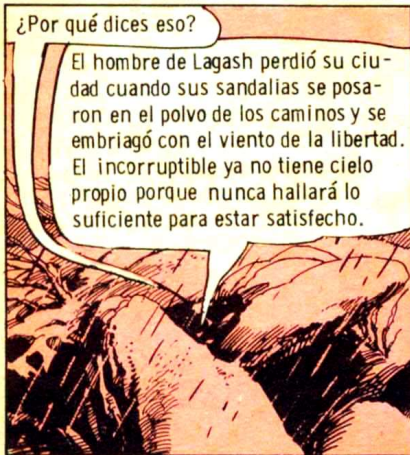
Buena comida, pastores. Buen vino. Y afuera sopla el viento y hay una llovizna de hielo que convierte al mundo en una cosa gris y triste, indigna de vivir en ella...



Cuéntanos de Nippur...



Ah, Nippur. El espectro de Lagash. El vagabundo que no hace más que lamentar su ciudad perdida sin darse cuenta que la ha perdido más por sí mismo que por los enemigos que la ocupan.



¿Por qué dices eso?

El hombre de Lagash perdió su ciudad cuando sus sandalias se posaron en el polvo de los caminos y se embriagó con el viento de la libertad. El incorruptible ya no tiene cielo propio porque nunca hallará lo suficiente para estar satisfecho.



Hubo ya presagios en su niñez...

¿Su niñez...?



Claro. ¿Olvidas que también el incorruptible fue niño? También él jugó con trampas de pájaros y con espadas de madera... pero también entonces su persona brillaba de otra manera...

Cuéntanos.



Su padre...

Su padre era general en Lagash. Era un hombre enorme y meditativo, justo como un dios y así de implacable. Cuando su cólera estallaba hasta el mismo Urukagina, el rey, temblaba en su palacio de madera.



Su madre reía y cantaba y tejía mantas para su marido y su niño. Los dioses nunca le dieron más hijos como si quisieran centrar toda la atención en aquel niño demasiado alto para su edad.



-Y él creció, fuerte y ruidoso como un arroyo salido de cauce, haciendo trepidar todo a su alrededor...



Nippur está muy crecido ya.



¿Por qué mencionas eso?

Es hora que comencemos a pensar en su futuro. De que pensemos en hallarle una esposa.



Es un niño aún...

Tiene quince años. Pronto será un hombre.



¿Has pensado en alguien?

Yo no. Es el rey Urukagina el que me lo ha hecho notar. El tiene muchas hijas y piensa que Nippur haría feliz a cualquiera de ellas.



Es un niño apenas.



Tal vez a tus ojos pero no a los míos. Lo enviaré a las montañas.

¿A las montañas? ¿Para hacer qué?



El Anciano quiere tenerlo un tiempo con él.

¿El Anciano? Pero él sólo educa a los hijos de reyes...



Lo sé. Yo también me sorprendí cuando el mensaje llegó hasta mí. Ni imaginé que el Anciano supiera de la existencia de Nippur.



La madre calló. El Anciano vivía en las montañas y era costumbre inmemorial que los jóvenes príncipes fueran enviados junto a él durante un año para que asimilaran sus sabidurías. ¿Cuántos años tenía el Anciano? Nadie lo sabía.

¿Cuándo...?



Mañana.



Afuera, Nippur, el pequeño Nippur contemplaba con ojos arrobados el vuelo de una mariposa...



En la mañana, muy temprano, lo vistieron con su túnica de lana y su manto tejido, le dieron un morral de comida y simplemente le indicaron el pico nevado. El niño no hizo preguntas...

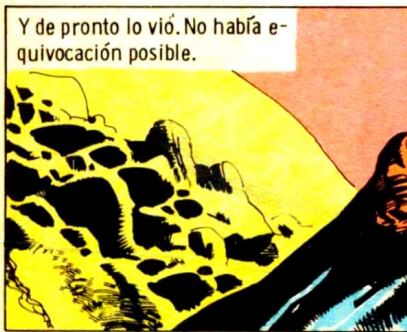
Hasta la vista.



Trepó ágilmente, los largos cabellos negros flotando en el aire gris, delgado, moreno, fuerte, con los ojos brillando de anticipación...



(Allá hay una caverna...)



Y de pronto lo vio. No había equivocación posible.



Tú eres Nippur, ¿verdad?



Sí.



Yo soy el Anciano.
Lo sé. He oído hablar de ti.



¿Tienes miedo de mí?



El niño lanzó una carcajada y su risa repercutió entre las rocas como un murmullo de bronce.
¿Miedo? ¿Qué es esa palabra, Anciano? No la conozco.



Es por ello que estás aquí, Nippur. Para que aprendas el significado de esa palabra. Y de muchas otras tales como fe, respeto, honestidad, dioses. Estás aquí para aprender a conocer las cosas en las que debes tener fe.



Tengo fe en mi espada.

¿Por qué?

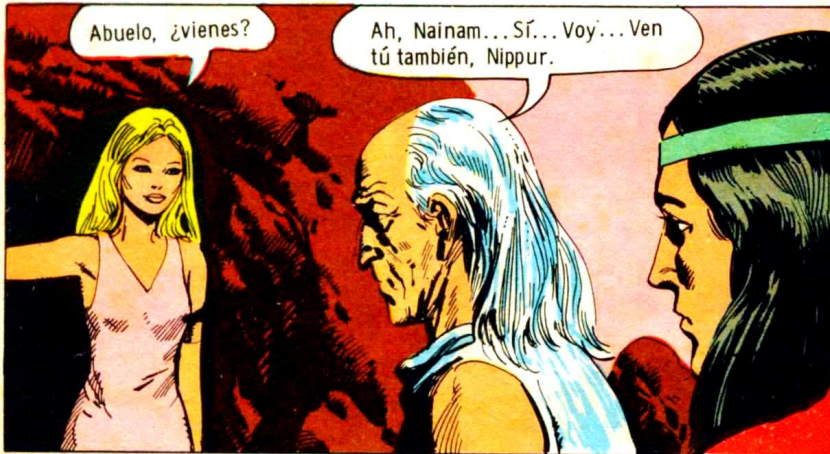


Porque soy yo el que la maneja.



El anciano meditó un poco sin apartar los ojos de él. Por fin sacudió una mano...

Se hablará mucho de ti. Mucho. Las leyendas cantarán por ti por siglos. Tu fama será tal que los reyes cambiarán gustos su corona por un poco de ella.



Abuelo, ¿vienes?

Ah, Nainam... Sí... Voy... Ven tú también, Nippur.



¿Eres la nieta del Anciano?

No sé. Crecí con él... Tal vez lo sea. Nunca pregunté nada.



Me llamo Nippur y soy más fuerte que nadie. Mañana te traeré una flor.



La vida en las montañas no era fácil. Los bárbaros velludos vivían del otro lado de ellas y continuamente vagaban a la ventura buscando víveres, ganado y mujeres.



¿Son ellos?

Sí.



Había media docena de príncipes educándose con el Anciano, niños bravíos venidos de la Hélade, de Sumeria, de los reinos donde aún el rey debía ser un hombre firme sobre sus piernas.

Ataquémoslos.

No.



¿Por qué no, Nippur?

Son muchos. Nos arriesgaríamos tontamente y sin fruto. No es inteligente eso.









Es extraño. Nainam aún no ha vuelto del arroyo.

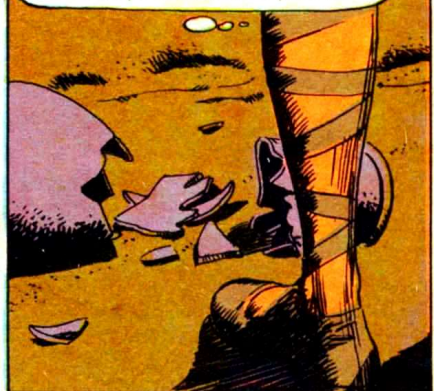
Iré a ayudarla. Es un trabajo pesado para una niña.



(Allí está el arroyo...pero no veo a Nainam...)



(Su cántaro está aquí... Roto... Y hay marcas de pies... Enormes pies...)



(Y allí...entre las rocas hay algo...)



(Nainam...)



(Mi flor...)



(Espera, Nainam. No te dejaré sola mucho tiempo. Un momento nada más... Verás... Te traeré más flores...)



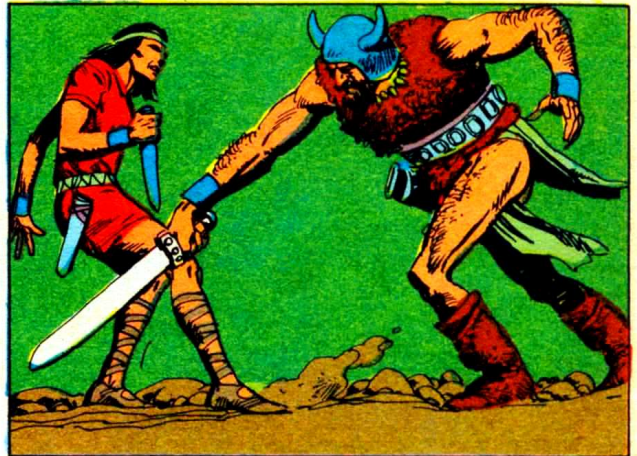




¿Quieres echarme las manos encima, perro? Ven, Nippur no es el que huirá de ti. ¡Ven!



¡Ven!



Alzó el cuchillo una y otra vez y en cada golpe su gruñido y el grito del caído se mezclaban en un solo bramido...



—Luego los gritos cesaron pero los golpes sordos continuaron...



El Anciano alzó la cabeza. Su expresión no había cambiado y en sus ojos viejos no había ninguna luz de dolor o de vida...

Nippur...



Los seguí. Este era el jefe...



Has matado tu primer hombre. Y has perdido tu primera ternura. Hoy ha comenzado tu largo camino, Nippur, un largo camino. ¿Tienes miedo?

El niño alzó una mano. Entre los dedos rojos de sangre seca sostenía una pequeña flor mustia. Sus ojos se suavizaron.

¿Miedo? Mira. Hoy maté por esto. Por una niña y por una flor. La niña ha muerto... Sus asesinos también...



Pero en esta montaña hallaré miles de flores y cada una de ellas me hablará de Nainam y cada una será un recuerdo de ella. ¿Miedo? No. Sólo los que están solos tienen miedo.



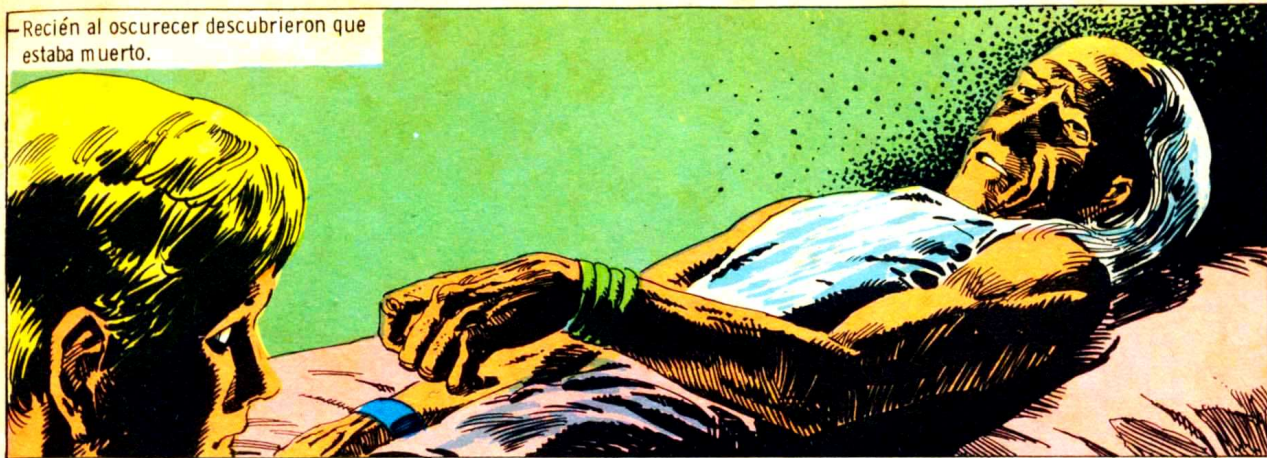
Yo no estoy solo, Anciano. Nunca lo estaré.



Luego dio media vuelta y se alejó. El Anciano lo miró por un rato y luego bajó la cabeza como si meditara.



- Recién al oscurecer descubrieron que estaba muerto.



- Así comenzó la leyenda, el largo camino del errante. El nacimiento de su leyenda mató a las otras leyendas y el filo de su espada encandiló los países conocidos y el eco de su nombre ha sonado como un tambor de bronce en los países bárbaros.



Y sin embargo...



¿Habrá olvidado Nippur las flores de las montañas?



¿Las habrá olvidado Nippur?



Fin

VILLAGRÁN, R.